

UNUS FICIS
REPORTAJE
AL PIE DE
LA MONCA



Datos del libro

Autor: Fucik, Julius

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.66

Generado por: VOID, 29/08/2013

Reportaje al pie
de la horca

(De ediciones Akal, Madrid, 1985)

Texto de la contraportada

Julius Fucik nació el 23 de enero de 1903. Tras estudiar filosofía, en 1921 ingresó en el Partido Comunista e inició su labor de crítico literario y teatral. En los años de ocupación de Checoslovaquia por Hitler, publicó bajo seudónimo ensayos sobre las figuras más representativas de la cultura democrática checoslovaca, siendo detenido en abril de 1942 por la Gestapo, en el verano de 1943 trasladado a Berlín y aquí ejecutado, el 8 de septiembre de 1943.

Su *Reportaje al pie de la horca*, sacado hoja por hoja de la cárcel y publicado en 1945, adquirió gran resonancia mundial y fue traducido a ochenta idiomas. En 1950, a título póstumo, Fucik recibió el Premio Internacional de la Paz.

INTRODUCCIÓN

I Veinticuatro horas

II La agonía

III Celda 267

IV La 400

V Figuras y figurillas (I)

VI Estado de sitio de 1942

VII Figuras y figurillas (II)

VIII Un trozo de historia

JULIUS FUCIK

REPORTAJE AL PIE

DE LA HORCA

TRADUCCIÓN DE:

LIBUSE PROKOPOVA

Introducción

EN el campo de concentración de Ravensbrück supe —me lo dijeron mis compañeros de prisión— que mi marido, Julius Fucík, redactor de Rudé Právo y de Tvorba, había sido condenado a muerte el 25 de agosto de 1943 por un tribunal nazi en Berlín.

Mis intentos de averiguar algo más sobre su suerte posterior se estrellaron contra los altos muros del campo.

Después de la derrota de la Alemania hitleriana, en mayo de 1945, los detenidos que los fascistas no habían tenido tiempo de asesinar fueron liberados de cárceles y campos de concentración. Yo tuve la fortuna de hallarme entre ellos.

Al volver a mi patria liberada, busqué y rebusqué las huellas de mi marido. Hice lo que hicieron millares y millares de personas que también buscaron -y muchas aún siguen buscando a sus maridos, a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres y madres deportados por los ocupantes alemanes y arrastrados a alguna de sus innumerables cámaras de tortura.

Me enteré de que Julius Fucík había sido ejecutado en Berlín el día 8 de septiembre de 1943, quince días después de su condena.

También supe que Julius Fucík había escrito algo mientras estuvo en la cárcel de Pankrác. Fue el guardián A. Kolínský quien procuró los medios para hacerlo, llevándole a la celda papel y lápiz y sacando clandestinamente de la cárcel las hojas manuscritas.

He tenido una entrevista con el guardián. Y poco a poco he podido ir recogiendo el material escrito por Julius Fucík en la cárcel de Pankrác. Reuní las hojas numeradas, escondidas por varias personas en diferentes lugares, y se las presento al lector. Es la última obra de Julius Fucík.

GUSTA FUCÍKOVÁ

Praga, septiembre de 1945.

Escrito en la cárcel de la Gestapo en Pankrác; durante la primavera de 1943

ESTAR sentado en la posición de firme, con el cuerpo rígido, las manos pegadas a las rodillas, los ojos clavados hasta enceguecer en la amarillenta pared de esta cárcel del Palacio Petschek¹ no es, en verdad, la postura más adecuada para reflexionar. Pero, ¿quién puede forzar al pensamiento a permanecer sentado en posición de firme?

Alguien, un día —quizá nunca sepamos quién ni cuándo llamó a este cuarto del Palacio Petschek “sala de cine”. ¡Qué ideal tan genial! Una amplia sala, seis largos bancos, uno tras otro, ocupados por los cuerpos rígidos de los detenidos, y ante ellos un muro liso, como una pantalla cinematográfica. Todas las casas productoras del mundo no han llegado a hacer la cantidad de películas que sobre esta pared han proyectado los ojos de los detenidos en espera de un nuevo interrogatorio, de la tortura, de la muerte. Películas de vidas enteras o de los más pequeños fragmentos de vida; películas de la madre, de la esposa, de los hijos, del hogar destruido, del porvenir destrozado; películas de camaradas valerosos y de la traición; películas del hombre a quien entregué aquella octavilla, de la sangre que correrá otra vez, del fuerte apretón de manos, del compromiso de honor; películas repletas de terror y de decisión, de odio y de amor, de angustia y de esperanza. De espaldas a la vida, cada uno contempla aquí su propia muerte. Y no todos resucitan. Cien veces he sido aquí espectador de mi propia película, mil veces he seguido sus detalles. Ahora trataré de explicarla. Y si el nudo corredizo de la horca aprieta mi cuello antes de terminar, quedarán todavía millones de hombres para completarla con un “happy end”.

DENTRO de cinco minutos el reloj marcará las diez. Es una hermosa y templada noche de primavera, la noche del 24 de abril de 1942.

Me doy prisa. Tanto como me lo permite mi papel de hombre maduro que cojea. Me doy prisa a fin de llegar al hogar de los Jelínek antes de que, a las diez, cierren el portal de la casa. Allí me espera mi “ayudante” Mirek. Sé que esta vez no me comunicará nada importante. Tampoco yo tengo nada que decirle. Pero faltar a la cita convenida podría sembrar el pánico. Y, sobre todo, quisiera evitar preocupaciones infundadas a las dos buenas almas que nos acogen. Me reciben con una taza de té. Mirek me está esperando. Y, con él, el matrimonio Fried. Una imprudencia más. Me alegra veros, camaradas, pero no así, todos juntos. Es el mejor camino para ir a la cárcel y a la muerte. O respetáis las reglas de la conspiración o dejaréis de trabajar, porque así os exponéis y ponéis en peligro a los demás. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—¿Qué habéis traído para mí?

—El número del Primero de Mayo de *Rudé Pravo*.²

—Muy bien. Y tú, Mirek, ¿cómo vas?

—Bien. Nada nuevo. El trabajo marcha bien...

—Bueno. Nos veremos después del Primero de Mayo. Os avisaré. Hasta la vista.

—¿Otra taza de té, patrón?

—No, no, señora Jelínek. Aquí somos demasiados.

—Por lo menos tome una tacita. Se lo ruego.

Del té, recién servido, se alza una nubecilla de vapor.

Alguien llama a la puerta. ¿Ahora, de noche?

¿Quién podrá ser?

Los visitantes muestran su impaciencia. Golpes en la puerta.

—¡Abrid! ¡La policía!

Rápido, a las ventanas. ¡Huid! Tengo pistolas y cubriré vuestra retirada.

¡Demasiado tarde! Bajo las ventanas se hallan los hombres de la Gestapo, apuntándonos con sus pistolas. Después de forzar la puerta y de cruzar el corredor, los agentes de la policía secreta penetran atropelladamente en la cocina y luego en la habitación. Uno, dos, tres, nueve hombres. No me ven porque estoy a sus espaldas, detrás de la puerta que han abierto. Podría tirar con relativa facilidad, pero sus nueve pistolas encañonan a dos mujeres y a tres hombres indefensos. Si disparo, mis compañeros caerán antes que yo. Y si me pegara un tiro a mí se iniciaría un tiroteo del cual serían ellos las víctimas. Si no tiro, los encerrarán seis meses, quizás un año, y la Revolución los libertará. Mirek y yo somos los únicos sin salvación posible. Nos torturarán. A mí no me sacarán nada, pero ¿qué hará Mirek? Él, antiguo combatiente de la España republicana; él, que permaneció dos años en un campo de concentración de Francia para volver desde allí ilegalmente a Praga en plena guerra; no, estoy seguro que no traicionará.

Tengo dos segundos para reflexionar. ¿O son quizá tres?

Si tiro, nada salvaré. Tan sólo me liberaré de las torturas, pero sacrificaré inútilmente la vida de cuatro camaradas. ¿Es así? Sí.

Resuelto, entonces

Salgo de mi escondite.

—¡Ah! Uno más.

El primer golpe en el rostro. Bastante fuerte como para dejarme sin sentido.

—*¡Hände auf!*³

Segundo, tercer golpe.

Tal y como me lo había imaginado.

El piso, donde antes reinaba un orden ejemplar, se convierte en un montón de muebles destrozados y de vajilla rota.

Más puñetazos y patadas.

—*¡Marsch!*⁴

Me meten en un auto, siempre encañonado por las pistolas. Durante el viaje comienza el interrogatorio.

—¿Quién eres?

—El profesor Horák.

—¡Mientes!

Me encojo de hombros.

—Estáte quieto o disparo.

—Dispare.

En lugar de una bala, un puñetazo.

Pasamos junto a un tranvía. Me da la impresión de que lleva coronas de flores blancas. ¿Cómo? ¿Un tranvía de bodas a estas horas, en plena noche? Será la fiebre que comienza.

El Palacio Petschek. Nunca creí entrar vivo en él. Al galope hasta el cuarto piso. ¡Ah! La famosa sección 11-A I, de investigación anticomunista. Me parece que hasta siento curiosidad.

El comisario alto y flaco que dirigía el pelotón de asalto coloca su pistola en el bolsillo y me lleva con él a su despacho. Me enciende un pitillo.

—¿Quién eres?

—El profesor Horák.

—Mientes.

Su reloj de pulsera marca las once.

—Registradle.

Empieza el registro. Me quitan la ropa.

—Tiene papeles.

—¿A nombre de quién?

—Del profesor Horák.

—Averiguarlo.

Telefonean.

—Como era de esperar. Su nombre no consta en los registros. Sus papeles son falsos.

—¿Quién te los dio?

—La Jefatura de Policía.

Primer bastonazo. Segundo. Tercero. ¿Debo contarlos? No, hijo, esta estadística ya no la publicarás nunca.

—¿Tu nombre? Responde. ¿Tu domicilio? Responde. ¿Qué contactos tenías? Responde. ¿Direcciones? ¡Responde! ¡Responde! ¡Responde! Si no, te matamos a palos.

¿Cuántos golpes puede aguantar un hombre sano?

La radio anuncia la medianoche. Cierran los cafés y los últimos parroquianos retornan a sus casas. Ante las puertas, los enamorados golpean levemente el suelo con sus pies, incapaces de llegar a despedirse.

El comisario largo y flaco entra en la sala con una sonrisa de satisfacción.

—Todo va bien. ¿Qué tal, redactor?

¿Quién se lo habrá dicho? ¿Los Jelínek? ¿Los Fried? Pero si éstos ni siquiera saben mi nombre.

—Ya lo ves, lo sabemos todo. ¡Habla! Sé razonable.

¡Qué forma de hablar más extraña! Ser razonable equivale a traicionar.

No soy razonable.

—¡Atadlo! ¡Y sacudidle fuerte!

Es la una. Los últimos tranvías se retiran. Las calles están desiertas y la radio se despide de sus fieles radio-oyentes deseándoles buenas noches.

—¿Quiénes son los miembros del Comité Central? ¿Dónde están las radioemisoras? ¿Dónde se encuentran vuestras imprentas? ¡Responde! ¡Responde! ¡Responde!

Ahora ya puedo contar con más tranquilidad los golpes. El único dolor que siento es de los labios, mordidos por mis dientes.

—Descalzadle.

Es verdad. Las plantas de los pies no han perdido aún la sensibilidad. Lo siento. Cinco, seis, siete... Y ahora parece como si los golpes me penetraran en el cerebro.

Son las dos. Praga duerme. Y quizás en alguno de sus lechos un niño solloza entre sueños y un hombre acaricia la cadera de su mujer.

—¡Habla! ¡Habla!

Paso la lengua sobre mis encías e intento contar los dientes rotos. No lo consigo. ¿Doce, quince, diecisiete? No. Ese es el número de los comisarios que me “interrogan” ahora. Algunos están visiblemente fatigados. Y la muerte tarda en venir.

Son las tres. Desde los arrabales llega la madrugada; los verduleros afluyen al mercado; los barrenderos aparecen en las calles. Quizá viva lo suficiente todavía para ver el amanecer.

Traen a mi mujer.

—¿Le conoce usted?

Me trago la sangre para que no la vea... Y es inútil, porque brota de todos los poros de mi rostro y de las yemas de mis dedos.

—No. No le conozco.

Lo dijo sin que sus miradas dejaran traslucir un ápice de su horror. ¡Es de oro! Ha cumplido la promesa de nunca confesar que me conoce, aun cuando ya es inútil. ¿Quién, entonces, les ha dado mi nombre?

Se la llevaron. Me despiden de ella con la mirada más alegre de que soy capaz. Acaso no sea tan alegre. No lo sé.

Son las cuatro. ¿Amanece? ¿No amanece? Las ventanas cubiertas no me dan respuesta. Y la muerte todavía no llega. ¿Debo ir a su encuentro? Mas, ¿cómo?

He pegado a alguien y caído al suelo. Me dan patadas. Me pisotean. Sí, ahora el fin vendrá rápidamente. El comisario vestido de negro me levanta por la barba, riéndose con satisfacción mientras me muestra sus manos llenas de pelos arrancados. Es realmente cómico. Ya no siento ningún dolor.

Las cinco, las seis, las siete, las diez. Mediodía. Los obreros van y vienen del trabajo; los niños van y vienen de la escuela, en las tiendas se vende, en las casas se cocina. Acaso, en este momento, mi madre se acuerde de mí. Quizá sepan ya los camaradas de mi detención y tomen medidas de seguridad. Porque, si hablara... No, no temáis. No hablaré. Confíad en mí. Después de todo, mi fin ya no puede estar lejano. Esto ahora es sólo un sueño, una pesadilla febril: los golpes llueven, los esbirros me refrescan con agua. Y nuevos golpes. Y otra vez: ¡Responde! ¡Responde! ¡Responde! Pero aún no consigo morir. Madre, padre: ¿por qué me habéis hecho tan fuerte?

Son las cinco de la tarde. Todo el mundo está ya fatigado. Los golpes caen más lentamente, a largos intervalos; no es más que la fuerza de la inercia. Y de súbito oigo desde lejos, desde muy lejos, una voz suave, dulce, tierna como una caricia:

—*Er hat shon genug.*⁵

Más tarde me hallo sentado ante una mesa que aparece y desaparece de mi vista. Alguien me da de beber. Alguien me ofrece un pitillo que no puedo sostener y alguien intenta ponerme los zapatos y dice que es imposible. Después, medio andando y medio arrastrando, me llevan escaleras abajo, hasta un automóvil. Arrancamos. Durante el viaje me encañonan de nuevo con las pistolas: es como para reír. Pasamos junto a un tranvía adornado con flores blancas. Un tranvía de bodas. Pero quizás sólo sea una pesadilla o acaso la fiebre o tal vez la agonía o la propia muerte. Siempre pensé que la agonía era una cosa difícil; pero esto no tiene nada de difícil: es algo vago y sin forma, ligero como el plumón. Basta un soplo para que todo termine.

¿Todo? No, todavía no. Porque de nuevo estoy de pie. Verdaderamente, estoy de pie; yo solo, sin el apoyo de nadie. Junto a mí se alza una pared de un amarillo sucio, salpicada de... ¿De qué? Parece sangre... Sí, es sangre. Levanto un dedo e intento extenderla... Lo consigo... Sí, está fresca. Es mi sangre...

Por detrás, alguien me golpea en la cabeza y me ordena levantar las manos y hacer genuflexiones. A la tercera caigo...

Un largo S.S. se inclina sobre mí y me da de patadas para que me levante. Es inútil. Alguien me lava otra vez y de nuevo estoy sentado. Una mujer me da una medicina y me pregunta dónde me duele. Y entonces parece como si todo el dolor se concentrara en mi corazón.

—Tú no tienes corazón —me dice el largo S.S.

—Sí, lo tengo —le respondo. Y de pronto me siento orgulloso porque he sido lo suficientemente fuerte para salir en defensa de mi corazón.

Después, todo desaparece ante mis ojos: el muro, la mujer con el medicamento, el alto S.S....

Ante mí se abre la puerta de una celda. Un S.S. gordo me arrastra a su interior, arranca los girones de mi camisa, me tiende sobre el jergón, palpa mi cuerpo hinchado y ordena que me apliquen compresas.

—Mira —le dice al otro moviendo la cabeza—, mira lo que saben hacer.

Y una vez más desde lejos, desde muy lejos, oigo una voz suave y dulce, tierna como una caricia:

—No aguantará hasta mañana.

Dentro de cinco minutos, el reloj marcará las diez. Es una hermosa y templada noche de primavera, la del 25 de abril de 1942.

CAPITULO II La agonía

*“Cuando la luz del sol Y la claridad de las estrellas se extinguen para nosotros,
se extinguen para nosotros...”*

DOS hombres con las manos juntas, en actitud de orar, caminan en círculo, con paso lento y pesado, en torno a una blanca cripta, cantando con voz monótona y discordante una triste salmodia.

“... es dulce para las almas

subir al cielo, subir al cielo...”

Alguien ha muerto. ¿Quién? Intento volver la cabeza. Quizá logre ver el féretro con el difunto y los dos cirios que como dos índices se levantan a su cabecera.

“...donde la noche ya no existe,

donde eterna es la luz del día...”

He logrado levantar la vista. No veo a nadie. No hay nadie: sólo ellos dos y yo. ¿Para quién cantan esos salmos?

“Esa estrella siempre fulgurante

es Jesús, es Jesús...”

Es un entierro. Sí, seguramente es un entierro. ¿Y a quién entierran? ¿Quién está aquí? Sólo ellos dos y yo. ¡Y yo! Quizás sea mi propio funeral. Pero escuchad: esto es un error. Yo no estoy muerto. Yo vivo. Ya veis que os miro y que hablo con vosotros. ¡Deteneos! ¡No me enterréis aún!

“Cuando alguien nos da el adiós

por última vez, por última vez...”

No me oyen. ¿Están sordos? ¿O no hablo lo suficientemente alto...? ¿O estoy muerto de verdad y a ellos les es imposible oír mi voz sin cuerpo? ¿Será, acaso, mi cuerpo, tendido boca abajo, espectador de mi propio entierro? ¡Qué cómico!

“...dirige su mirada piadosa

al cielo, al cielo...”

Lo recuerdo: alguien me recogió con dificultad, me vistió y me dejó en la camilla. Pasos metálicos resonaron en la galería y después... Eso es todo. Ya no sé más. Ya no recuerdo más.

“donde la claridad eterna se alberga...”

Pero todo esto es absurdo. Yo vivo. Siento un dolor lejano y tengo sed. Los muertos no tienen sed. Concentro todas mis fuerzas para mover la mano y una voz extraña y rara, no mía, brota de mi garganta:

—¡Agua!

¡Por fin! Los dos hombres dejan de andar en círculo. Ahora se acercan a mí, se inclinan y uno de ellos aproxima a mis labios un jarro de agua.

—También debes comer, compañero. Desde hace dos días no cesas de beber y beber...

¿Qué me dice? ¿Ya dos días? ¿Qué día será hoy?

—Lunes.

Lunes. Y el viernes me detuvieron. ¡Qué pesada siento la cabeza! ¡Y cuánto refresca el agua! ¡Dormir! ¡Dejadme dormir! Una gota de agua agita la superficie transparente de la fuente. Es el manantial de un prado entre montañas, cerca de la casa del guarda-bosque, al pie del Monte Rokian. Y una lluvia fina e ininterrumpida teclea sobre las agujas de los pinos... ¡Qué dulce es dormir! ...

Y cuando de nuevo me despierto ya es martes de noche y un perro se halla ante mí. Un perro lobo. Me mira con sus hermosos y perspicaces ojos y pregunta:

—¿Dónde vivías?

¡Oh, no! No es el perro. Esa voz pertenece a otro ser. Sí, aquí hay alguien más. Veo unas botas altas y otro par de botas altas, y un pantalón de montar; pero más arriba ya no veo nada. Y cuando

quiero mirar, siento vértigo. Qué importa. Dejadme dormir...

Miércoles...

Los dos hombres que cantaban los salmos se encuentran sentados a la mesa, comiendo en escudillas de barro. Ya los distingo. Uno es más joven que el otro y no parecen monjes. Ni la cripta es ya una cripta; es una celda como cualquiera otra. Las planchas del suelo parten de mis ojos para desembocar ante una puerta pecada y negra...

Rechina una llave en la cerradura. Saltan los dos hombres y se sitúan en posición de firmes. Otros dos hombres, con uniformes de S.S., entran y ordenan que me vistan. Ignoraba cuánto dolor puede ocultarse en cada pernera de mi pantalón, en cada manga de mi camisa. Me colocan sobre una camilla y me llevan escaleras abajo. Pasos de botas herradas resuenan a lo largo del corredor... Este es el camino por el cual me llevaron y me trajeron sin conocimiento... ¿A dónde conduce? ¿En qué infierno desemboca? En la sombría y desagradable oficina de registro de la *Polizeigefängnis*⁶ me depositan en el suelo y una voz checa, con fingida bondad, me traduce una pregunta escupida con furia por una voz alemana:

—¿La conoces?

Sostengo la barbilla con la mano. Ante la camilla se halla una joven de gruesas mejillas. De pie y con la cabeza erguida mira sin ostentación pero con dignidad, con los ojos algo bajos: lo suficiente para verme y saludarme.

—No la conozco.

Recuerdo haberla visto una vez y por un solo momento durante aquella terrible noche en el Palacio Petschek. Esta es la segunda vez y, desgraciadamente, ya no he vuelto a verla, como hubiera querido, para estrechar su mano por la dignidad con que se condujo. Era la mujer de Ernesto Lorenz. Fue ejecutada el primer día del estado de sitio, en 1942.

—¿Y a ésta? Seguramente la conocerás. ¡Anita Jirásková! Por Dios, Anita, ¿cómo ha venido usted a parar aquí? Yo nunca pronuncié su nombre. Nada tengo que ver con usted. No la conozco, comprenda usted, no la conozco.

—No la conozco.

—Sé razonable, hombre.

—No, no la conozco.

—Es inútil. Julio —dice Anita, mientras una ligera presión de sus dedos sobre el pañuelo descubre su emoción—. Es inútil. Me han delatado.

—¿Quién?

—¡Cállate!

Alguien corta su respuesta y la empuja brutalmente cuando se inclina hacia mí para darme la mano.

¡Anita!

Ya no oigo las demás preguntas. Y como de lejos, sin ningún dolor, como si lo estuviera observando, siento como dos S.S. me llevan de vuelta a la celda, balanceando brutalmente la camilla y preguntándome, con risas, si no preferiría mejor ser balanceado por el cuello.

Jueves.

Empiezo a distinguir. Uno de mis compañeros de celda, el más joven, se llama Carlos, y éste llama “padre” al otro, al más viejo. Me cuentan su vida, pero todo se confunde en mi cabeza. Hablan de una mina y de niños sentados en bancos. Oigo una campana. Será que habrá fuego. Y me dicen que cada día vienen a verme el médico y el enfermero de los S.S., que mi estado de salud no es tan grave y que parece que pronto me hallaré repuesto. Esto último lo dice el “padre” con tanta insistencia y Carlos lo aprueba con tal convicción que, hasta en el estado en que me encuentro, comprendo que me dicen una piadosa mentira. ¡Qué buenos chicos! ¡Y cuánto siento no poderles creer!

Atardece.

Se abre la puerta de la celda y, silenciosamente, sobre la punta de sus patas, entra corriendo un perro. Se detiene junto a mi cabeza y me mira de nuevo atentamente. Otra vez los dos pares de botas altas. Pero ahora ya sé: uno pertenece al propietario del perro, al director de la cárcel de Pankrác, y el otro al jefe de la sección anticomunista de la Gestapo, que presidió mi interrogatorio nocturno. Les siguen unos pantalones de paisano. Alzo la vista: sí, lo conozco. Es el comisario alto y flaco que dirigía el pelotón de asalto que me detuvo. Se sienta en una silla y comienza el interrogatorio.

—Has perdido la partida. Salva la cabeza por lo menos. ¡Habla!

Me ofrece un pitillo. No lo quiero. No tendría fuerzas para fumarlo.

—¿Cuánto tiempo has vivido en casa de los Baxa?

¡Los Baxa! Hasta eso saben. ¿Quién se lo habrá dicho?

—Ya ves: lo sabemos todo. ¡Habla!

Si lo sabéis todo, ¿para qué hablar? No he vivido en vano. Mi vida no ha sido estéril y no tengo por qué echar a perder su fin.

El interrogatorio dura una hora. El comisario no grita. Repite con paciencia las preguntas y, al no recibir respuesta, hace una segunda, una tercera, una décima pregunta.

—¿Es que aún no comprendes? Todo ha terminado, ¿comprendes? Lo habéis perdido todo.

—Sólo yo he perdido.

—¿Tú crees todavía en la victoria de la Comuna?

—Claro.

—¿Él cree todavía —pregunta el jefe alemán y el comisario alto traduce: —él cree todavía en la victoria de Rusia?

—Claro. Esto no puede terminar de otra manera.

Estoy cansado ya. He concentrado todas mis fuerzas para guardarme de sus preguntas. Pero ahora mi conciencia se aleja rápidamente, como la sangre que brota de una herida profunda. Aún percibo cuando me dan la mano. Quizá lean en mi frente el signo de la muerte. En algunos países era costumbre que el verdugo besara al reo antes de su ejecución.

Anochece.

Dos hombres con las manos juntas caminan en círculo, cantando con voz monótona y discordante una triste salmodia:

“Cuando la luz del sol y la claridad de las estrellas se extinguen para nosotros, se extinguen...”

¡Oh, amigos, amigos, no sigáis! Quizá sea hermosa vuestra canción, pero hoy es la víspera del Primero de Mayo, la más bella y alegre fiesta del hombre.

Trato de cantar algo más alegre, pero parece sonar tristemente. Carlos vuelve la cabeza y el “padre” seca sus lágrimas. No importa. Sigo cantando y, poco a poco, ellos se unen a mi canto. Me duermo contento.

Madrugada del Primero de Mayo.

El reloj de la torrecilla de la cárcel da tres campanadas. Es la primera vez que lo oigo con claridad. Por primera vez desde mi detención tengo mi conciencia despejada. Siento el aire fresco que penetra por la ventana abierta y baña mi jergón, extendido sobre el suelo. Las briznas de paja se clavan en mi pecho y en mi vientre. Cada partícula del cuerpo me duele con mil dolores y respiro

con dificultad. De pronto, como si abriera una ventana, veo claramente: es el fin. Estoy agonizando.

Has tardado mucho en llegar, muerte. Pese a todo, esperaba conocerte más tarde, después de largos años. Esperaba vivir aún la vida de un hombre libre: poder trabajar mucho, amar mucho, cantar mucho y recorrer el mundo. Precisamente ahora, cuando llegaba a la madurez y disponía todavía de muchísimas fuerzas. Ya no las tengo. Se me van agotando. Amaba la vida y por su belleza marché al campo de batalla. Hombres: os he amado. Fui feliz cuando correspondíais a mi cariño y sufrí cuando no me comprendíais. Que me perdonen aquéllos a quienes causé daño. Que me olviden aquéllos a quienes procuré alegrías. Que la tristeza jamás se una a mi nombre. Ese es mi testamento para vosotros, padre, madre y hermanas mías; para ti, mi Gustina, y para vosotros, camaradas; para todos aquéllos a quienes he querido. Llorad un momento, si creéis que las lágrimas borrarán el triste torbellino de la pena, pero no os lamentéis. He vivido para la alegría y por la alegría muero. Agravio e injusticia sería colocar sobre mi tumba un ángel de tristeza.

¡Primero de Mayo! Antaño, a estas mismas horas, ya estábamos en los arrabales de la ciudad, preparando nuestras banderas. A estas horas, en las calles de Moscú, se ponen en marcha los primeros grupos para participar en el desfile. Y ahora, precisamente a esta misma hora, millones de hombres luchan en el combate final por la libertad humana y miles y miles caen en ese combate. Yo soy uno de ellos. Y ser uno de ellos, ser uno de esos combatientes en la batalla final es algo hermoso.

Pero la agonía no es hermosa. Me ahogo. No puedo respirar. Oigo el ronco quejido de mi garganta y temo despertar a mis compañeros de celda. Quizás podría ¡apagarlo con un poco de agua... Pero toda el agua del cántaro la hemos bebido ya. Allí, a unos seis pasos de mí, en el retrete situado en el rincón de la celda, hay suficiente agua. ¿Tendré fuerzas para llegar hasta allí?

Me arrastro silenciosamente sobre el vientre, como si toda la gloria de la muerte consistiera en no despertar a nadie. He conseguido llegar y bebo con avidez el agua del fondo de la cubeta.

No sé cuánto tiempo estuve, ni cuánto tardé en volver. De nuevo empiezo a perder el conocimiento. Me busco el pulso. Nada siento. El corazón se me viene a la garganta y luego cae de golpe. Yo caigo con él. Caigo durante un largo rato. En la caída percibo todavía la voz de Carlos:

—Padre, padre, escucha. El pobrecillo se está muriendo.

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

Por la mañana llegó el médico. Pero todo eso lo supe mucho más tarde. Vino, me auscultó y

movió la cabeza. Luego volvió a la enfermería, rompió el certificado de defunción que había extendido con mi nombre el día antes y dijo, en un elogio de especialista:

—¡Qué naturaleza de caballo!

SIETE pasos de la puerta a la ventana, siete pasos de la ventana a la puerta.

Ya lo conozco.

¡Cuántas veces he recorrido este trecho sobre el piso de madera en mi celda de Pankrác! Y quizá sea ésta la misma donde antaño sufrí prisión por haber visto con claridad las consecuencias que tendría para el pueblo la funesta política de la burguesía checa. Frente a mi celda pasean los guardias alemanes y afuera, en algún lugar, las ciegas Parcas de la política tejen nuevamente el hilo de la traición. ¿Cuántos siglos ha necesitado el hombre para, al fin, abrir los ojos? ¿Por cuántos millares de celdas ha pasado la humanidad en su camino hacia adelante? ¿Y cuántas le quedan aún por re- correr? ¡Oh, Niño Jesús de Neruda: el final del camino de la salvación humana está lejos todavía! Pero no duermas más, no duermas más.

Siete pasos hacia adelante, siete pasos hacia atrás. En una de las paredes, el camastro y, en la otra, una triste repisa con escudillas de barro. Si, ya lo conozco. Ahora, aquí, todo está algo mecanizado, la calefacción es central, el zambullo ha sido sustituido por un retrete mecánico. Pero son los hombres, especialmente los hombres, quienes están mecanizados. Como autómatas. Aprieta un botón, es decir, haz un ruido con la llave en la cerradura de la puerta o abre la mirilla y los presos, hagan lo que hagan, darán un salto y se colocarán en hilera, en posición de firmes. Abre la puerta y el responsable de la celda gritará sin tomar aliento:

—¡Atención! Celda 267. Tres hombres. Todo en orden.

He aquí, pues, la 267. Es nuestra celda. Pero en esta celda no todo funciona con tanta precisión. Sólo brincan dos presos. Mientras tanto yo sigo acostado en el colchón, al pie de la ventana, de bruces. Y así una semana, quince días, un mes, seis semanas. Y vuelvo a nacer. Ya muevo la cabeza, levanto una mano, me incorporo sobre los codos y hasta he intentado volverme de espaldas... En realidad, esto se escribe con más rapidez de lo que se vive.

También la celda sufre cambios. En sustitución del tres han colgado el número dos. Ha desaparecido Carlos, el más joven de los dos hombres que me habían enterrado cantando tristes salmos, quedando, tras él, tan sólo el recuerdo de un corazón bueno. En realidad, mi recuerdo es borroso y sólo abarca a los dos últimos días de su estancia entre nosotros.

Se llama Carlos Malec, es mecánico y trabajó en la jaula de una mina de hierro de las cercanías de Hudlice, de donde sacó explosivos para los combatientes clandestinos de la resistencia. Fue detenido hace casi dos años. Ahora será juzgado, quizás, en Berlín, con todo un grupo de presos. ¡Cualquiera sabe cómo terminará el proceso! Tiene mujer y dos hijos. Los quiere, los quiere mucho, pero... “era mi deber, ¿sabes? No podía hacer otra cosa”.

Permanece sentado largos ratos junto a mí y trata de hacerme comer. No puedo. El sábado — ¿es que ya hace ocho días que estoy aquí?— recurre a un método violento: anuncia al *Polizeimeister*⁷ que no he comido nada desde que estoy aquí.

El *Polizeimeister*, siempre agitado, con uniforme de S.S. y sin cuyo permiso el médico checo no tiene derecho ni a recetar una aspirina, me trae personalmente una sopa de régimen y observa mientras tomo hasta la última gota. Carlos está muy contento del éxito logrado con su intervención y al día siguiente él mismo me obliga a tragar la taza de sopa del domingo. Pero de aquí no pasa. Mis encías destrozadas no pueden masticar ni las patatas cocidas del guiso del domingo y mi garganta, cerrada, se niega a dar paso a todo otro bocado de comida algo más sólido.

—Ni guiso, ni guiso quiere —se lamenta Carlos moviendo tristemente la cabeza. Y después, con glotonería, empieza a comerse mi ración, cediendo honradamente la mitad al “padre”.

¡Ay! Vosotros, los que no habéis vivido en el año de 1942 en la cárcel de Pankrác, no podéis llegar a saber lo que es, lo que supone un guiso. Regularmente, incluso en los peores tiempos, cuando el estómago rugía de hambre y en las duchas se veían esqueletos cubiertos de piel humana, cuando un camarada robaba a otro, por lo menos con la mirada, los bocados de su ración, cuando hasta un asqueroso puré de legumbres secas revueltas con pasta de tomate nos parecía un delicioso y deseado manjar. Incluso en los peores tiempos, dos veces por semana, el jueves y el domingo, los presos de servicio vaciaban en las escudillas un cucharón de patatas, regándolas con una cucharada de salsa y algunas fibras de carne. Era maravillosamente apetitoso. Más que apetitoso: era un recuerdo material de la vida humana, algo de la vida civil, algo de normal en la cruel anormalidad de la cárcel de la Gestapo, algo de lo que se hablaba suave y voluptuosamente. ¡Ah! quién puede comprender el valor supremo que alcanza una cucharada de buena salsa, condimentada por el terror y el miedo, bajo el debilitamiento y la flojedad continuos.

Han pasado dos meses, que me han permitido comprender la gran extrañeza de Carlos. Había rechazado hasta el guiso. Y ninguna otra cosa pudo persuadirle más eficazmente de mi próxima muerte.

La noche siguiente, a las dos, despertaron a Carlos. En cinco minutos tenía que estar listo para el transporte, como si fuera a ausentarse sólo por unos momentos, como si no le esperara un camino que le llevaría a una nueva cárcel, a un nuevo campo de concentración, al patíbulo o quién sabe a dónde. Se arrodilló ante mi jergón y apretando entre sus manos mi cabeza me besó. Del corredor nos llegó el ronco gritar de un esbirro con uniforme, probándonos que los sentimientos no tienen albergue en la cárcel de Pankrác.

Carlos cruzó la puerta corriendo. La cerradura sonó secamente...

Y quedamos sólo dos en la celda.

¿Nos veremos de nuevo, muchacho? ¿Cuándo será la próxima despedida? ¿Cuál de los dos que quedamos saldrá primero? ¿Y hacia dónde? ¿Y quién lo llamará? ¿Un guardián con uniforme de S.S. o la muerte, que no tiene uniforme? Lo que ahora escribo es sólo el eco de los pensamientos que me acompañaron después de su partida. Un año ha pasado desde entonces y los pensamientos que acompañaron al camarada en su partida se han venido repitiendo a menudo y con más o menos insistencia. El número dos, colgado en la puerta de la celda, cambiósese por el número tres, y otra vez en un dos, y de nuevo en tres, dos, tres, dos. Nuevos compañeros de celda llegaron y se fueron. Únicamente dos de los que pasaron por la celda 267 permanecieron fielmente juntos. El “padre” y yo.

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

El “padre...” es el maestro Josef Pesek, de sesenta años de edad, presidente del comité de maestros, detenido ochenta y cinco días antes que yo porque mientras elaboraba un proyecto tendiente a reformar las escuelas libres checas, tramaba un “complot” contra el Reich alemán. El “padre” es... Pero, ¿cómo expresarlo? ¡Es difícilísimo! Dos, una celda y un año. Durante ese tiempo han desaparecido ya las comillas que condicionaban el nombre de “padre”; durante ese tiempo, los dos detenidos, de diferente edad, se han convertido verdaderamente en padre e hijo; durante ese tiempo hemos intercambiado costumbres, formas de expresión y hasta la entonación de la voz. Trata de reconocer ahora lo que es mío y lo que pertenece al padre, lo que introdujo él en la celda y lo que introduce yo. Noches enteras me estuvo velando y a base de compresas frías alejó a la muerte cuando ésta se aproximaba. Sin descanso limpiaba de pus mis heridas y jamás manifestó la menor repugnancia por el hedor que despedí mi jergón. Lavó y zurció los miserables andrajos en que se convirtió mi camisa durante el primer interrogatorio. Y cuando ésta estuvo totalmente inservible me vistió con su propia ropa. Me trajo una margarita y un tallo de hierba que se arriesgó a coger en el patio de la cárcel de Pankrác, durante la media hora de gimnasia. Me seguía con sus ojos cariñosos cuando me conducían a los interrogatorios y me volvía a poner compresas sobre las nuevas heridas con que retornaba. Cuando me llevaban a los interrogatorios nocturnos jamás pegaba los ojos hasta que volvía y me colocaba sobre el jergón, tapándome cuidadosamente con las mantas.

Tales fueron los comienzos de nuestra vida en común, nunca traicionados durante los días que los siguieron, cuando pude sostenerme sobre mis propias piernas y pagar mis deudas de hijo.

Pero todo esto, muchacho, no puede describirse de un tirón. La celda 267 tuvo aquel año una vida intensa. Y todo lo que ella vivió lo vivió también el padre a su manera. La historia no ha terminado todavía. (Y eso aporta un tono de esperanza.)

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

La celda 267 tenía una vida intensa. No pasaba una hora sin que se abriera la puerta y recibiera una visita de inspección. Era un control especial que se ejercía sobre un gran criminal comunista, pero también podía ser simple curiosidad. Muy a menudo morían presos que no debían morir, pero muy rara vez se vio que no muriese aquél de cuya muerte todo el mundo estaba persuadido. Hasta los guardianes de otros corredores venían a veces, trababan conversación, levantaban silenciosamente mis mantas y saboreaban, con pericia de gente entendida, mis heridas, para después, de acuerdo con su carácter, extenderse en bromas cínicas o tratarme más amistosamente. Uno de ellos, al que pusimos por mote “el chico del molinero”, acude con más frecuencia que los demás y pregunta, con largas sonrisas si “el diablo rojo” necesita algo. No, gracias. No necesita nada. Después de algunos días el “chico del molinero” descubre que “el diablo rojo” necesita algo: ser afeitado Y trae un barbero.

Es el primer preso, excluyendo a los de mi celda, a quien llego a conocer: el camarada Bocek. La amable atención que “el chico del molinero” me prodiga constituye un verdadero suplicio. El padre sostiene mi cabeza, mientras el camarada Bocek, arrodillado ante mi colchoneta, trata de abrirse paso, con una gillette sin filo, por entre el tupido bosque de mi barba. Sus manos tiemblan y las lágrimas asoman a sus ojos. Está persuadido de que afeita a un cadáver. Intento consolarle:

—Afeita, hombre. Hazlo sin miedo. Si he resistido el interrogatorio del Palacio Petschek resistiré seguramente tu hoja de afeitar.

Sin embargo, no nos sobran las fuerzas y tenemos que descansar los dos: él y yo.

Dos días más tarde conozco a otros dos presos. Los comisarios del Palacio Petschek están impacientes. Han venido a buscarme y como el *Polizeimeister* escribe todos los días en mi hoja de registro las palabras “no puede ser transportado”, dan órdenes de llevarme como sea. Dos detenidos, con uniformes de la prisión, que hacen servicio en los corredores, se detienen con una camilla ante nuestra celda. El padre me embute con dificultad en la ropa, los camaradas me ponen sobre la camilla y me llevan.

Uno de ellos es el camarada Skorepa, que más tarde será el “padrazo” de nuestros compañeros de corredor. El segundo es...⁸ Se inclina sobre mí, cuando resbalo sobre la camilla

inclinada mientras bajamos por la escalera y me dice.

—Agárrate y aguanta...

Y añade en voz baja:

—...pase lo que pase.

Esta vez no nos detenemos en la oficina de entrada. Me llevan más lejos, por un corredor muy largo hacia la salida. El corredor está lleno de gente pues hoy es jueves y los familiares vienen a buscar la ropa de los detenidos. Todos observan nuestro triste cortejo. Veo la compasión en sus ojos y esto no me gusta. Llevo la mano hacia la cabeza y cierro el puño. Quizás se den cuenta de que les estoy saludando; quizás sea un gesto inútil. Pero no puedo hacer otra cosa. Me siento aún demasiado débil.

En el patio de la cárcel de Pankrác metieron la camilla en el camión. Dos S.S. se sentaron al lado del chófer, en la cabina. Otros dos, de pie, se situaron a mi lado, con las manos apoyadas en las fundas abiertas de sus pistolas. Y partimos. No, desde luego, el camino no es ninguna delicia: un bache, dos baches, y antes de haber recorrido doscientos metros pierdo el conocimiento. Era una cómica excursión a través de las calles de Praga: un camión de carga de cinco toneladas, habilitado para treinta presos, gastando la gasolina en el traslado de un solo detenido. Y dos S.S. delante y dos S.S. detrás, con las manos en los revólveres, guardando con miradas de fiera un cadáver, temerosos de que se les escapara.

La comedia se repitió al día siguiente. Esta vez aguanté hasta el Palacio Petschek. El interrogatorio no fue largo. El comisario Friedrich tocó no muy delicadamente mi cuerpo y yo regresé otra vez sin conocimiento.

Empezaron entonces a transcurrir los días en los que ya no dudé de estar vivo. El dolor, hermano íntimo de la vida, me lo recordaba con harta frecuencia, La propia prisión de Pankrác sabía que, por un descuido cualquiera, estaba vivo. Y llegaron los primeros saludos: a través de los espesos muros, que repetían los golpes de los mensajes, y a través de los ojos de los ordenanzas, encargados de distribuir el rancho.

Mi mujer era la única que nada sabía de mí. Sola, en una celda situada tres o cuatro más allá de la mía en el piso inferior, vivía entre la angustia y la esperanza hasta que su vecina, durante la media hora de gimnasia, le susurró al oído que todo había acabado para mí, que había muerto en la celda a consecuencia de las heridas recibidas durante el interrogatorio. Después vagó por el patio, mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. Ni siquiera sintió el consuelo de los puñetazos que la guardiana le propinó en el rostro para obligarla a incorporarse a la fila de presas, a la vida regular de la prisión. ¿Qué habrán visto sus buenos y grandes ojos al mirar, sin lágrimas, las blancas paredes de la celda? Al día siguiente corrió otro rumor: que aquello no era cierto, que no había muerto bajo los golpes, sino que, no pudiendo soportar más el dolor y los sufrimientos, me había ahorcado en la celda.

Entretanto yo seguía tendido sobre el mísero jergón. Cada noche y cada mañana me volvía de costado para poder cantar a mi Gustina sus canciones preferidas. ¿Cómo no iba a oírlas cuando yo ponía en ellas tanto fervor?

Hoy ya sabe, hoy ya puede oír, aunque se halle a más distancia que entonces. Y hoy día, hasta los guardianes saben —y se han acostumbrado a ello— que la celda 267 canta. Y ya no gritan detrás de la puerta para imponer silencio.

La celda 267 canta. Si canté toda mi vida, no sé por qué habría de dejar de cantar ahora, precisamente al final, cuando la vida es más intensa. ¿Y el padrecito Pesek? ¡Oh, es un caso excepcional! Canta con el corazón. No tiene ni oído ni memoria musical ni voz, pero adora el canto con tan bello y abnegado amor y encuentra en él tanta alegría que casi no percibo cuando se desliza de una tonalidad a otra e insiste testarudamente en un *do* aunque el oído reclame un *la*. Y así, cantamos cuando la nostalgia trata de invadirnos; cantamos cuando el día es alegre; con nuestro canto acompañamos al camarada que se marcha y a quien quizá no volveremos a ver nunca más; cantando recibimos las buenas noticias del frente oriental; cantamos en busca de consuelo y cantamos de alegría, tal y como los hombres han cantado siempre y como seguirán cantando mientras existan.

No hay vida sin canto, como no hay vida sin sol. Por consiguiente, nosotros necesitamos doblemente el canto, ya que el sol no llega hasta aquí. La 267 es una celda orientada hacia el norte. Sólo en los meses de verano, y durante algunos instantes, el sol dibuja, antes de ocultarse, la sombra de los barrotes en la pared. Durante esos instantes, el padre, puesto de pie y apoyado en el camastro, sigue con sus ojos esa fugaz visita del sol... Y ésa es la mirada más triste que se pueda encontrar aquí.

¡El sol! ¡Con qué generosidad resplandece ese mago redondo y cuántos milagros realiza ante los ojos de los hombres! Y tan poca, poca gente vive al sol. ¡Resplandecerá, sí! Resplandecerá y los hombres vivirán bajo los haces de sus rayos. Bello es saberlo. Pero tú no obstante, quisieras saber algo infinitamente menos importante: ¿Resplandecerá aún para nosotros?

Nuestra celda está orientada hacia el norte. Sólo; algunas veces, cuando el día es

verdaderamente bello, podemos ver la puesta del sol. Ay, padre, cómo quisiera yo ver la salida del sol aunque fuera por una sola vez.

LA resurrección es una cosa un poco especial, tan especial que es imposible describirla. El mundo resulta encantador después de una bella jornada, después de haber dormido bien. Pero esto es como si la jornada fuese todavía más bella, como si hubieses dormido mejor que nunca. A ti te parecía conocer bien el escenario de la vida. Pero esto es como si el luminotécnico encendiese a la vez todos los reflectores provistos de claros cristales, y, de repente, te ofreciera una escena llena de luz. A ti te parecía ver bien. Pero es como si pusieras prismáticos ante tus ojos y miraras, al mismo tiempo, a través de un microscopio. Una resurrección es algo eminentemente primaveral y, al igual que la primavera, descubre ante ti encantos inesperados hasta en los paisajes más conocidos.

Y eso incluso cuando sabes que no es más que para un momento. Incluso cuando lo que te rodea es tan agradable y rico como una celda de la cárcel de Pankrác.

Pero un día, por fin, te llevarán al mundo. Un día te llamarán al interrogatorio. Irás sin camilla y, aunque te parezca mentira, casi andarás con tus propios pies. Hay una barandilla en el corredor y otra barandilla en la escalera. Y tú, en realidad, más que caminar sobre dos piernas, te arrastrarás sobre cuatro patas. Abajo ya habrá otros detenidos que se encargarán de ti y te llevarán hasta el coche celular. Y después estarás allí sentado con diez, doce personas, en una sombría mazmorra; rodante, nuevas caras te sonreirán y tú les sonreirás. Uno te susurrará alguna cosa y tú no sabrás quién es, estrecharás la mano de otro y no sabrás de quién es. Y, por último, el coche entrará, con una sacudida, en el gran zaguán del Palacio Petschek. Los camaradas te bajarán. Entraréis en una espaciosa sala, de desnudos muros. Cinco bancos, uno tras otro. Y sentados en ellos, los presos, en posición de firmes, con las manos sobre las rodillas, la mirada fija en el desnudo muro de; enfrente... Y éste es, muchacho, un trozo de tu nuevo mundo, al cual lo llaman “la sala de cine”.

Interludio de mayo de 1943

Hoy es el Primero de Mayo de 1943. Y de servicio se encuentra un guardián que me permite escribir. ¡Qué suerte! Sentirse una vez más, aunque sólo sea por breves momentos, un periodista comunista y escribir la crónica sobre el desfile del Primero de Mayo de las fuerzas de combate del mundo nuevo. No esperes oírme hablar de banderas flameando al viento. No hay tal cosa. Tampoco puedo contarte de esos actos de heroísmo que son tan agradables de escuchar. Hoy todo es mucho más sencillo. Ni la impetuosa y vibrante ola de decenas de millares de camaradas que yo veía otros años irrumpir en las calles de Praga, ni el majestuoso mar de millones de otros camaradas que he visto inundando la Plaza Roja de Moscú. Aquí no puedes ver ni a millones ni a centenares. Aquí sólo distingues a algunos camaradas, hombres y mujeres. Pero aun así sientes que esto no es de menor importancia. No lo es porque el paso de revista de nuestras fuerzas consiste en la dura prueba del fuego, y que no se transforman en ceniza sino en acero. En un pase de revista en las trincheras, durante la batalla. Y en las trincheras se lleva el uniforme gris de campaña.

Pero todo esto está tejido de tan pequeños detalles que tú que no lo has visto quizás no logres comprenderlo cuando lo leas. Trata de comprenderlo, sin embargo. Créeme: hay en ello una gran fuerza.

El saludo matinal de la celda vecina, consistente en dos compases de Beethoven, suena hoy más solemne, más elocuente, y el muro lo transmite con tonos superiores.

Nos vestimos con lo mejor que tenemos. Igual sucede en todas las celdas.

Recibimos el desayuno en plena forma. Por delante de la puerta abierta de la celda pasan los ordenanzas con el pan, el café y el agua. El camarada Skorepa nos da tres trozos de pan en lugar de dos. Es su saludo del Primero de Mayo, el saludo activo de un alma llena de atenciones. Bajo los trozos de pan un dedo presiona a otro. Está prohibido hablar. Ellos vigilan incluso tus miradas. Pero, ¿acaso los mudos no se expresan claramente con los dedos?

En el patio, bajo la ventana de nuestra celda, aparecen corriendo las mujeres para la media hora de gimnasia. Subo a la mesa y, a través de los barrotes, miro hacia abajo. Tal vez me vean. Sí. Me han visto. Y levantan el puño para saludar. Repito el gesto. Abajo, en el patio, hoy la animación es singular, completamente nueva; una animación mucho más alegre que la de los demás días. La vigilante no percibe nada, o quizás no quiere ver. También esto forma parte de nuestra manifestación del Primero de Mayo de este año.

Y ahora, nuestra media hora de gimnasia. Yo soy el instructor. Es el Primero de Mayo, muchachos, y no vamos a comenzar como los otros días: Qué importa si eso llama la atención de los vigilantes. El primer ejercicio: uno, dos; uno, dos: los golpes del martillo. El segundo: segar. El martillo y la hoz. Con un poco de imaginación los camaradas quizá comprendan. El martillo y la hoz. Miro en torno mío. Ellos sonrían y repiten los ejercicios con fervor. Me han comprendido. He aquí, muchachos, nuestra manifestación del Primero de Mayo. Y esta pantomima es nuestra promesa del Primero de Mayo, a la cual permaneceremos fieles, aun cuando marchemos hacia la muerte.

De vuelta en la celda. Son las nueve. En este momento el reloj del Kremlin da diez campanadas y en la Plaza Roja comienza el desfile. Padre: ¡unámonos a ellos! Allá, en este momento, cantan la Internacional; en este momento la Internacional resuena en el mundo entero. ¡Que resuene también en nuestra celda! Cantamos. Y una tras otra se suceden las canciones revolucionarias. Pero nosotros no queremos estar solos, no estamos solos. Estamos junto a los que ahora, en libertad y luchando igual que nosotros, cantan...

Camaradas en prisiones,

en celdas frías:

vosotros estáis con nosotros,

estáis con nosotros,

aunque no forméis en nuestras filas...

Sí, nosotros estamos con vosotros.

Y es así como nosotros, los encerrados en la celda 267, imaginamos el solemne final del desfile del Primero de Mayo de 1943. Pero, ¿es realmente el final? ¿Y esa ordenanza del sector femenino que esta tarde se pasea por el patio silbando la marcha del Ejército Rojo, silbando la canción del guerrillero, silbando otras canciones soviéticas para infundir ánimo a los hombres de las celdas? ¿Y ese hombre con el uniforme de la policía checa que me ha traído papel y lápiz y que en este momento vigila el corredor para que ningún indeseable me sorprenda? ¿Y ese otro que, en definitiva, ha dado impulso a estos escritos y que, ocultándolos cuidadosamente, los saca afuera para que aparezcan a la luz en el momento oportuno? Por este trozo de papel se juegan la cabeza. Ellos la arriesgan para establecer un puente de unión entre el hoy aherrojado y el mañana libre. Ellos luchan. Luchan con devoción y sin miedo, cada uno en su puesto, cada uno en su campo de batalla y por todos los medios a su alcance. Y son tan sencillos, tan anónimos y tan desprovistos de patetismo que ni siquiera podrías adivinar la lucha a vida o muerte que sostienen junto a nuestros amigos, y en la cual lo mismo pueden caer que vencer.

Diez veces, veinte veces habrás visto marchar a los ejércitos de la revolución en las manifestaciones del Primero de Mayo. Y siempre era algo solemne. Pero sólo en la lucha puedes apreciar la verdadera fuerza de este ejército y su carácter invencible. La muerte es más sencilla de lo que habías creído y el heroísmo tiene faz carente de resplandores. Pero el combate es todavía más cruel de lo que habías supuesto. Y para perseverar en él y conducirlo hasta la victoria es necesaria una fuerza inconmensurable. Diariamente la ves en movimiento, pero no siempre te das clara cuenta de ella. ¡Si todo parece tan natural, tan evidente!

Hoy la has percibido nuevamente.

Hoy, en el desfile del Primero de Mayo de 1943.

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

El Primero de Mayo de 1943 interrumpió por un momento la continuidad de este relato. Eso está bien. En los días solemnes, uno recuerda más intensamente que en los otros y pudiera ser que el júbilo que hoy te domina te llevara a deformar el recuerdo.

La “sala de cine” del Palacio Petschek no tiene, en verdad, nada de alegre. Es la antecámara de una sala de torturas, desde la cual oyes las quejas y los gritos de terror de otros, sin saber lo que te espera. Ves partir de entre nosotros gente sana, robusta y llena de vida que después de tres horas de interrogatorio vuelve mutilada y deshecha. Oyes una voz sonora anunciar su partida hacia el interrogatorio y a la hora una voz rota, ahogada por el dolor y la fiebre, te anuncia su vuelta. Y una cosa peor todavía: ves a gentes marchar con la mirada limpia y franca que, al volver, no pueden ya mirarte a los ojos. Quizás se ha tratado tan sólo de un pequeño momento de debilidad allá arriba, en el despacho del comisario. Un único momento de vacilación, nada más que un relámpago de miedo o de deseo de salvar el propio yo, y hoy o mañana llegarán nuevas víctimas que volverán a vivir aquí todos esos horrores; nuevas víctimas entregadas al enemigo por quien ha sido compañero de combate.

El espectáculo de las gentes cuya conciencia se halla comprometida es aún más terrible que el espectáculo de los hombres físicamente torturados. Y si tus ojos han sido lavados por la muerte que pasó a tu lado, si tus sentidos se encuentran afinados por la resurrección, se percibe, sin necesidad de palabras, quién ha vacilado, quién ha traicionado y quién piensa, precisamente en ese momento, en un pequeño rincón de su alma, que, después de todo, no sería tan malo aliviar un poco la situación entregando solamente al más insignificante de sus compañeros de lucha. ¡Oh, pobres débiles! ¡Como si la vida comprada con la de un camarada pudiese considerarse vida!

Es posible que no se me ocurriera pensar en eso durante mi primera estancia en la “sala de cine”. Pero luego he pensado en ello con frecuencia. Y esa idea reapareció seguramente esta mañana, en ambiente un poco distinto, en un medio que era la mejor fuente de conocimiento: en la sala número 400.

No permanecí sentado mucho tiempo en la “sala de cine”. Una hora u hora y media. Después, a mi espalda, sonó mi nombre y dos hombres vestidos de paisano, que hablaban checo, se encargaron de mí. Me metieron en el ascensor, que me dejó en el cuarto piso, y me condujeron a una amplia sala, en cuya puerta estaba escrito el número

400

Allí, bajo su vigilancia, estuve sentado completamente solo en un principio y muy atrás, junto a la pared. Miraba a mi alrededor con la extraña impresión de quien ya ha vivido una vez la misma escena. ¿He estado aquí alguna vez? No. Nunca. Pero a pesar de ello conozco esta habitación, he soñado con ella, la he visto en una febril y cruel pesadilla que aunque la desfiguró, presentándomela con horribles muecas, no pudo cambiarla tanto como para impedir que la reconociese. Ahora es acogedora, llena de la luz del día y de claros colores. A través de sus grandes ventanas de finas rejas se puede ver la iglesia de Týn, las verdes colinas de Letná y el castillo de Hradcany. En el sueño, la pieza era sombría, sin ventanas, iluminada por el polvo de una sucia luz amarillenta, bajo la cual los hombres parecían sombras. Entonces había aquí más gente. Ahora, la pieza está vacía y sus seis bancos alineados forman una alegre pradera de amargones y ranúnculos. En mi sueño la veía llena de hombres sentados en estos bancos uno al lado del otro y

sus caras estaban pálidas y ensangrentadas. Allí, muy cerca de la puerta, un hombre con expresión de dolor en los ojos, de pie, vestido con overol azul, ansiaba beber, beber, y, al fin, desplomóse lentamente sobre el suelo, como cuando cae el telón...

Sí, así era; pero yo sé ya que no fue un sueño. Aquella cosa de delirio febril y cruel, era la realidad.

Fue durante mi primer interrogatorio, la noche de mi detención. Me trajeron aquí tres, diez veces quizá. ¡Qué sé yo! Cada vez que querían descansar y emprenderla con otros. Yo estaba descalzo y, lo recuerdo, las baldosas del suelo refrescaban agradablemente las plantas destrozadas de mis pies.

En aquella ocasión los bancos estaban ocupados por los obreros de la *Junkers*. Formaban la cosecha nocturna de la Gestapo. Y aquel hombre de mono azul, cercano a la puerta, el camarada Bartoň, de la célula de la fábrica *Junkers*, era la causa indirecta de mi detención. Digo esto para que nadie sea culpado de mi suerte. Mi detención no obedeció a la traición ni a la cobardía de ningún camarada. Fue sólo consecuencia de la imprudencia y la mala suerte. El camarada Bartoň buscaba para su célula un contacto con la dirección del Partido. Su amigo, el camarada Jelínek, sin respetar por completo las reglas de la conspiración, en vez de consultar ese asunto conmigo, en primer lugar, con la condición de que se arreglaran sin su intervención personal, se comprometió a buscar él mismo ese contacto, Tal había sido la primera falta. La segunda, más desastrosa, consistió en que el camarada Bartoň confió en un provocador llamado Dvorák. El camarada Bartoň le reveló hasta el nombre de Jelínek. Y fue así cómo la Gestapo comenzó a interesarse por la familia Jelínek. No la buscaban por su labor principal, que había realizado perfectamente durante dos años, sino a consecuencia de un pequeño servicio que supuso, en sólo un paso, el abandono de sus deberes conspirativos. Y el que los del Palacio Petschek decidieran detener a Jelínek precisamente la noche en que habíamos quedado citados, así como el que llegaran en tan gran número, debióse únicamente a la casualidad. Aquello no entraba en sus planes. Los Jelínek deberían ser arrestados al día siguiente. En realidad, la Gestapo llegó casi en plan de diversión, como “para tomar un poco de aire” y celebrar el éxito que representaba la detención de la célula de la fábrica *Junkers*. Nuestra sorpresa a la llegada de la policía no fue mayor que la de ellos al encontrarme allí. Ni siquiera sabían a quién arrestaban. Y es posible que nunca lo hubieran sabido si conmigo...

Pero yo no pude hacer estas reflexiones en la 400, sino después de un rato bastante largo. Para entonces ya no me encontraba solo; los bancos y las paredes se hallaban ocupados y transcurrían horas llenas de sorpresas. Sorpresas extrañas, de las que nada comprendía, y sorpresas malvadas, que comprendí demasiado bien.

La primera sorpresa no entraba en ninguna de estas dos categorías. Fue algo agradable, pequeño, sin importancia para nadie.

Segunda sorpresa: en la pieza entran, en fila india, cuatro personas, saludan en checo a los agentes de paisano y a mí, se sientan a las mesas, ponen sus papeles ante sí y encienden

desenfadadamente sus cigarrillos, con la libertad de los empleados. Pero, ¿si yo los conozco! Conozco, por lo menos, a tres de ellos y no es posible que estén al servicio de la Gestapo. ¿O quizás lo están? ¿También ellos? Pero si es R., antiguo secretario del Partido y de los sindicatos, un tanto arisco, pero fiel. No, eso no es posible. Y ésta es Anita Viková, siempre tan sincera y tan hermosa, a pesar de sus cabellos ya completamente blancos: militante firme y tenaz. No, eso no es posible. Y éste es Vasek, albañil en una mina del norte y más tarde secretario regional de Partido. ¡Cómo no voy a conocerlo! ¡Cuántos combates hemos vividos juntos allá, en el norte! ¿Es posible que lo hayan doblegado? No, eso no es posible. Pero entonces, ¿qué buscan aquí? ¿Qué hacen aquí?

Sin dar respuesta a estas preguntas, ya se me acumulan otras nuevas. Traen a Mirek, a los esposos Jelínek y al matrimonio Fried. Sí, lo sé: éstos, desgraciadamente, fueron arrestados conmigo. Pero, ¿por qué está aquí también Pavel Kropáček, historiador de arte, que ayudaba a Mirek en su trabajo entre los intelectuales y al que no conocía nadie más que Mirek y yo? ¿Y por qué está aquí ese hombre joven y alto, con la cara tumefacta por los golpes, dándome a entender que no nos conocemos? Si yo no lo conozco realmente. ¿Quién será? ¿Stych? ¿El doctor Stych? ¿Zdeněk? Pero, Dios mío, eso significa el grupo de médicos. Y ¿quién podría conocerlo, aparte de Mirek y de mí? ¿Y por qué durante el interrogatorio me preguntaban tanto sobre los intelectuales chocos? ¿Cómo han llegado ellos a sospechar de una relación entre mi trabajo y el que se realiza entre los intelectuales? ¿Quién podría estar al corriente, aparte de mí y de Mirek?

La respuesta no era difícil, pero era grave y cruel: Mirek ha traicionado. Mirek se ha convertido en un chivato.

En el primer momento aún podía esperar que, por lo menos, no lo hubiera confesado todo. Pero después llevaron a otro grupo de detenidos y he reconocido a Vladimír Vancura, al profesor Felber y a su hijo, a Bedrich y Václavek, desconocido bajo su disfraz, a Bozena Pulpánová, a Jindrich Elbl, al escultor Dvorák, a todos los que formaban o estaban llamados a formar parte del Comité Nacional Revolucionario de intelectuales checos: todos están aquí. Mirek ha revelado cuanto sabía sobre el trabajo entre los intelectuales.

Mis primeros días en el Palacio Petschek no fueron fáciles. Pero éste ha sido el golpe más duro que recibí. Esperaba la muerte pero no la traición. Incluso juzgando con indulgencia, incluso tomando en consideración todas las circunstancias y recordando todo lo que Mirek no ha dicho, no he podido encontrar otra palabra: traición. No ha sido sólo la vacilación, la debilidad ni el hundimiento de un hombre torturado hasta la muerte que busca un alivio en medio de la fiebre. Nada hay que pueda disculparlo. En ese momento comprendí por qué supieron mi nombre desde la primera noche, en ese instante comprendí por qué se encontraba allí Anita Jirásková, en cuya casa tuve muchas entrevistas con Mirek comprendí por qué estaban allí Kropáček y el dr. Stych.

Casi diariamente iba al número 400 y cada día conocía nuevos detalles. Era algo triste y desesperante. Así es. Antes fue un hombre recto, que no trató de huir de las balas cuando combatía en el frente de España y que no se doblegó tampoco bajo la cruel experiencia del campo de concentración de Francia. Ahora palidece bajo la vara de un agente de la Gestapo y comete una

traición para salvar la piel. ¡Cuán superficial sería su valor para ceder ante unos golpes! Tan superficial como sus convicciones. Era fuerte en un grupo, rodeado de camaradas que pensaban como él. Era fuerte porque pensaba como ellos. Pero ahora, aislado, solo, rodeado por la hostigación del enemigo, ha perdido completamente su fuerza. Lo ha perdido todo porque empezó a pensar en sí mismo. Para salvar la piel sacrificó a sus camaradas. Lo dominó la cobardía y por la cobardía es un traidor.

No pensó que valía más morir que descifrar los materiales encontrados en su casa. Y los descifró. Dio nombres. Dio la dirección de un escondite. Llevó consigo a los agentes de la Gestapo a la cita con Stych. Los envió al piso de Dvorák y a la cita con Václavek y Kropáček. Entregó a Anita. Entregó incluso a Lída, muchacha valerosa y resuelta que le amaba. Bastaron algunos golpes para que dijese la mitad de todo eso. Y cuando se convenció de mi muerte y pensó que no tendría que justificarse ante nadie, dijo todo lo demás.

Con su conducta no me ha hecho, personalmente, ningún daño. Yo ya estaba entre las garras de la Gestapo. ¿Qué más se podría agregar a mis males? Al contrario: era una cosa concreta, sobre la cual podían basar todas sus búsquedas. Algo así como el comienzo de una cadena, cuyos eslabones siguientes estaban en mis manos y cuyo final ellos querían alcanzar. Gracias a eso solamente he sobrevivido hasta después del estado de sitio y, conmigo, una gran parte de nuestro grupo. Pero en este caso no habría habido ningún grupo si él hubiese cumplido con su deber. Nosotros dos estaríamos muertos hace tiempo, pero los demás vivirían y trabajarían. Un cobarde pierde algo más que su vida. Él ha perdido. Es un desertor del ejército glorioso y merece el desprecio del más ruin de sus enemigos. Y aunque viviese, no viviría ya, porque se ha excluido de la colectividad. Más tarde intentó corregir algunas cosas, pero jamás pudo ganar la confianza de los compañeros. Esto es más terrible en la prisión que en cualquier otra parte.

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

El preso y la soledad: esas dos palabras son, al parecer, inseparables. Pero es un gran error. El preso no está solo. La cárcel es una gran colectividad en la que ni el más riguroso aislamiento puede separar a nadie, si es que uno no se excluye a sí mismo. La fraternidad de los oprimidos está sometida a una presión que la concentra, la fortalece y la hace más sensible. Atraviesa los muros, que viven, hablan y transmiten mensajes. Abarca las celdas de un mismo corredor, unidas por sufrimientos comunes, servicios comunes, ordenanzas comunes y medias horas comunes al aire libre, cuando hasta una palabra o un gesto bastan para dar la noticia o salvar una vida humana. Liga a toda la prisión por medio de las salidas y vueltas comunes del interrogatorio y la asistencia común a la “sala de cine”. Es una fraternidad de pocas palabras y de muchos servicios, porque un solo apretón de manos o un pitillo pasado a hurtadillas rompe la jaula a la que te han arrojado y te libra de la soledad que debiera quebrantarse. Las celdas tienen manos: percibes cómo te sostienen para que no caigas tras las torturas del interrogatorio y de ellas recibes alimento cuando otros te empujan a la muerte por hambre. Las celdas tienen ojos: te miran cuando marchas hacia la ejecución y tú sabes que tienes que ir con la cabeza alta, porque eres su hermano y no debes mostrar debilidad ni siquiera con un paso vacilante. Es una fraternidad que sangra, pero que es indestructible. Si no

fuera por su ayuda, no podrías soportar ni la décima parte de lo que soportas. Ni tú, ni nadie.

En este relato, si logro continuarlo —porque uno no sabe ni el día ni la hora del fin— veréis a menudo el número 400 que da título a este capítulo. Yo lo he conocido. Era una sala, y las primeras horas que pasé en ella, las primeras reflexiones que en ella me hice, no fueron nada alegres. Pero no era sólo una habitación: era una comunidad, una comunidad alegre y combativa.

La “400” nació en el año 1940, al aumentar la actividad de la sección anticomunista de la policía. Era un anexo del depósito, de la “sala de cine”: la sala de espera de quienes serían sometidos al interrogatorio, especialmente seleccionada para los comunistas, con el fin de evitar llevarlos y traerlos desde el sótano al cuarto piso y viceversa a cada interrogatorio y con el fin de tenerlos en todo momento a disposición de los empleados de la Gestapo encargados de los interrogatorios. Era para facilitar su trabajo. O al menos ellos pensaban así.

Pero pon juntos a dos presos, y sobre todo a dos comunistas, y en cinco minutos se habrá formado un colectivo que estropeará todos sus planes. En el año de 1942 se la conocía como la “Central Comunista”. Ha conocido muchos cambios y por sus bancos han pasado millares y millares de camaradas, hombres y mujeres. Pero hay algo que no ha cambiado nunca: el alma de ese colectivo, fiel a la lucha y seguro de la victoria.

La “400” era una trinchera avanzada, totalmente cercada por el enemigo y sometida a un fuego concentrado, pero que jamás pensó en rendirse. Sobre ella flotaba la bandera roja y en su seno se manifestaba la solidaridad de todo el pueblo, en lucha por su liberación.

Abajo, en la “sala de cine”, los S.S. pasaban arrastrando sus pesadas botas y acompañando con gritos el menor movimiento de tus ojos. Aquí, en la “400”, la vigilancia es ejercida por inspectores checos de la Jefatura de Policía, al servicio de la Gestapo como intérpretes, bien voluntariamente, bien por orden de sus superiores, y que cumplían con su deber como mercenarios de la Gestapo o como checos. O como cualquier cosa entre ambos. Aquí no estabas obligado a permanecer sentado en posición de firmes, con las manos en las rodillas y los ojos fijos. Aquí ya podías sentarte más libremente; podías mirar alrededor tuyo; podías hacer un signo con la mano y podías hacer incluso algo más, según el caso. Todo dependía de la clase de vigilante que estaba de servicio en el momento dado.

La “400” era el lugar donde se alcanza el más profundo conocimiento de esa criatura que se llama hombre. Allí, la proximidad de la muerte ponía al desnudo a todo el mundo: a los que un brazal rojo señalaba como detenidos comunistas o como sospechosos de colaborar con los comunistas y a los que debían vigilarlos y que en una habitación vecina participaban en su interrogatorio. En ésta, durante el interrogatorio, cada palabra podía servir de escudo o como arma. Pero en la “400” es imposible ocultarse tras las palabras. Allí ya no cuenta lo que dices, sino lo que es más hondo en ti. En tu interior más profundo no ha quedado más que lo esencial. Todo lo que estaba en segundo plano y que ennoblecía, debilitaba o embellecía el fondo de tu carácter, todo eso ha caído, ha sido arrancado de cuajo por el vendaval que precede a la muerte. No queda más que el

sujeto y el predicado: el fiel resiste, el traidor traiciona, el burgués se desespera, el héroe combate. En cada hombre hay una fuerza y debilidad, audacia y miedo, firmeza y vacilación, limpieza y suciedad. Pero aquí no puede quedar más que una cosa u otra. O esto o aquello. Y si alguno ha intentado navegar entre dos aguas, ha sido descubierto con mayor prontitud que un bailarín con pandereta y pluma amarilla en el sombrero en un entierro.

Había personas de ese género entre los detenidos, y también entre los inspectores y agentes checos. Durante el interrogatorio encendía una vela al buen Dios del Reich y en la “400” prendían otra al diablo bolchevique. Delante del comisario alemán te rompen los dientes para arrancarte, a fuerza de golpes, el nombre de tu enlace y en la “400” te ofrecen amigablemente pan para mitigar el hambre. Durante los registros saquean totalmente tu piso, para ofrecerte, de manera oculta, en la “400”, la mitad de un cigarrillo de su botín, a fin de mostrar sus buenos sentimientos. Y había otros —que no eran más que una variante de la misma especie— que jamás, por su propia iniciativa, hicieron mal a Estos no pensaban más que en su propia piel. Su sensibilidad los convertía en excelente barómetro político. ¿Se muestran reservados, muy oficiales? Es seguro: los alemanes avanzan sobre Stalingrado. ¿Son amables y entablan conversación con los detenidos? La situación es favorable: los alemanes han sido rechazados en Stalingrado. ¿Hablan de su viejo origen checo y de cómo han sido obligados a entrar al servicio de la Gestapo? Excelente: el Ejército Rojo avanza ya seguramente sobre Rostov. Hay todavía otros —de la misma especie— que se meten las manos en los bolsillos cuando estás a punto de perecer ahogado y te las tienden complacientemente cuando has llegado ya a la orilla.

Esa especie de gente ha sentido el colectivo de la “400” y ha intentado aproximarse a él, porque apreciaba su fuerza. Pero jamás formó parte del mismo. Y existía todavía otra especie que no tenía la menor idea de esta comunidad: yo los llamaría asesinos, aunque los asesinos, a pesar de todo, pertenecen al género humano. La fiera de lengua checa, con el vergajo y el hierro en la mano, torturaba a los detenidos en forma tal que muchos comisarios alemanes terminaban por volver la vista ante el espectáculo. Ellos no podían cubrirse ni con la hipócrita excusa de la lucha por su pueblo o por el Reich: torturaban y asesinaban por placer; rompían los dientes, perforaban los tímpanos, vaciaban los ojos, despedazaban a patadas los órganos genitales, dejaban al desnudo el cerebro de los torturados y les pegaban hasta la muerte impulsados por la crueldad, sin otro móvil que la crueldad misma. Tú los has visto diariamente; cada día te veías obligado a soportar su presencia, que llenaba la atmósfera de sangre y de estertores de agonía. Sólo te sostenía tu profunda fe, la firme confianza de que nunca podrían escapar a la justicia, aunque asesinasen a todos los testigos de sus crímenes.

Y al lado de éstos, en la misma mesa, iguales al parecer y con la misma jerarquía, se sentaban otros hombres. Hombres, con H mayúscula. Hombres que aplicaban el reglamento de la prisión en beneficio de los encarcelados; hombres que ayudaron a formar la colectividad de la “400”, y que a ella pertenecían con todo su corazón y con toda su audacia. Su generosidad destaca tanto más cuando que no eran comunistas, sino que, por el contrario, habían trabajado antes al servicio de la policía checa, en contra de los comunistas. Pero, al verlos luchar contra el ocupante, conocieron la fuerza y comprendieron la importancia que para todo el pueblo tienen los comunistas y, desde ese momento, sirvieron fielmente y ayudaron, hasta en los bancos de la prisión, a todos aquéllos que se

mantuvieron firmes. Numerosos combatientes de fuera vacilarían si conociesen los horrores que les esperan, si caen en manos de la Gestapo. Pero los de aquí tienen constantemente, cada día y cada hora, esos horrores ante los ojos. Cada día y cada hora podían esperar ser colocados junto a los detenidos y sufrir martirios aún mayores. A pesar de todo, no vacilaron. Ayudaron a salvar la vida de millares y aliviaron la suerte de aquéllos cuyas vidas fue imposible salvar. Merecen el título de héroes. Sin su ayuda, la “400” jamás hubiera podido llegar a ser lo que fue y como la conocieron miles y miles de comunistas: un lugar claro en una casa sombría, una trinchera en la retaguardia del enemigo, el centro de la lucha por la libertad en el interior mismo de la fortaleza de los ocupantes.

SÓLO pido una cosa: los que sobrevivís a esta época no olvidéis. No olvidéis ni a los buenos ni a los malos. Reunid con paciencia los testimonios de los que han caído por sí y por vosotros. Un día, el hoy pertenecerá al pasado y se hablará de una gran época y de los héroes anónimos que han hecho historia. Quisiera que todo el mundo supiese que no ha habido héroes anónimos. Eran personas con su nombre, su rostro, sus deseos y sus esperanzas y el dolor del último de los últimos no ha sido menor que el del primero, cuyo nombre perdura. Yo quisiera que todos ellos estuviesen cerca de vosotros, como miembros de vuestra familia, como vosotros mismos.

Los nazis han exterminado a familias enteras de héroes. Amad por lo menos a alguno de ellos, como si fuese un hijo o una hija, y sentíos orgullosos de él como de un gran hombre que ha vivido para el futuro. Cada uno de los que han servido fielmente al futuro y han caído por hacerlo más bello, es una figura esculpida en piedra. Y cada uno de aquéllos que, con el polvo del pasado, han querido construir un dique para detener la revolución, no son más que figurillas de madera, aunque tengan los brazos cargados de galones dorados.

Pero es necesario ver también las figurillas vivientes en su infamia, en su imbecilidad, en su crueldad y en su ridículo, porque es un material que nos servirá para el futuro.

Yo puedo daros solamente el material que corresponde a la declaración de un testigo. Es limitado y sin espacio en el tiempo, tal y como he podido verlo en mi pequeño sector. Pero contiene rasgos de una verdadera imagen de la vida: los rasgos de los grandes y de los pequeños, de las figuras y de las figurillas.

Los Jelínek

José y María. Él, electricista; ella, criada. Tienes que conocer su casa: muebles modernos, simples y lisos, una pequeña biblioteca, una estatuilla, cuadros sobre las paredes y todo limpio, increíblemente limpio. Dirías que toda el alma de ella estaba encerrada allí dentro y que no conocía otra cosa más en el mundo. Sin embargo, militaba desde hacía largo tiempo en el Partido Comunista y concebía a su manera la justicia. Los dos trabajaron silenciosamente y en forma abnegada, sin apartarse de sus actividades en el período de ocupación, que planteaba ante ellos grandes exigencias y responsabilidades.

Después de tres años, la policía hizo irrupción en su domicilio. Estaban uno al lado del otro, con las manos levantadas sobre sus cabezas.

Esta noche, los nazis llevan a mi Gustina a Polonia “a trabajar”. A las galeras, a la muerte por el tifus. Me quedan algunas semanas, quizás dos o tres meses de vida. El acta de acusación ha pasado al tribunal. Puede ser que queden cuatro semanas más de información complementaria en contra mía en la prisión de Pankrác y después todavía dos tres meses hasta el fin. Este 52 reportaje ya no será terminado. Si en estos días tengo ocasión, intentaré continuarlo. Hoy no puedo. Tengo la cabeza y el corazón llenos de Gustina, de esa mujer noble, compañera tan querida, ferviente y abnegada en mi vida tan azarosa y nunca apacible.

Cada tarde le canto su canción predilecta: sobre la hierba azulada de la estepa, llena de leyendas de combates guerrilleros; sobre la cosaca que, al lado de los hombres, luchaba valerosamente por conquistar la libertad hasta que en un combate: “*yey podniatsia s zemli nieprislos*”.⁹

“*Vot, moi druzok boievoi.*”¹⁰ ¡Cuánta fuerza encierra esta fina criatura de trazos firmemente esculpidos y con grandes ojos de niña, llenos de ternura! La lucha y las continuas separaciones han hecho de nosotros dos amantes eternos, que no sólo una, sino cien veces en la vida han vivido los momentos ardorosos de las primeras caricias y de los primeros abrazos. Y sin embargo, nuestros corazones latían siempre al unísono y nuestro aliento era el mismo en las horas de felicidad y en las horas de angustia, excitación y tristeza.

Durante años hemos trabajado juntos y nos hemos ayudado como sólo los camaradas saben hacerlo. Durante años ella fue mi primer lector y crítico y me era difícil escribir sin sentir sobre mí su cariñosa mirada; durante años hemos participado, uno al lado del otro, en frecuentes luchas y durante años hemos vagado, cogidos de la mano, por los lugares preferidos. Hemos conocido muchas dificultades y hemos vivido muchas y grandes alegrías, porque nosotros éramos ricos, ricos como son los pobres. Con esa riqueza que está en el interior.

¿Gustina? He aquí a Gustina:

Fue durante el estado de sitio, a mediados de junio del año pasado. Me vio por primera vez a las seis semanas de nuestra detención, después de aquellos tristes días en que, sola en la celda, meditaba sobre las noticias que le anunciaban mi muerte. La llamaron para ablandarme:

—Hágalo entrar en razón —le decía a Gustina el jefe de la sección durante el careo —. Dígale que sea razonable. Si no piensa en sí mismo, que piense al menos en usted. Dispone usted de una hora para reflexionar. Si después de ese plazo su porfiada cabeza no cede, esta tarde serán fusilados. Los dos.

Ella me acarició con la mirada y respondió con sencillez:

—Señor comisario: eso no es ninguna amenaza para mí. Ese es mi último deseo. Si a él lo ejecutan, ejecútenme a mí también.

Hela ahí. Esta es Gustina: amor y firmeza.

Pueden quitarnos la vida, ¿verdad Gustina? Pero nunca nuestro honor y nuestro amor.

¡Ay, amigos míos! ¿Podéis imaginaros cómo viviríamos si nos encontráramos después de todos estos sufrimientos? ¿Si nos encontramos de nuevo en una vida libre y bella, en la vida de la libertad y la creación? ¿Cuándo se realizará lo que ansiamos, aquello por lo que hemos hecho tantos esfuerzos y por lo que ahora vamos a morir? Sin embargo, aunque muertos viviremos en un pequeño rincón de vuestra felicidad, porque por esa felicidad hemos dado nuestra vida. Y eso nos da alegría, aunque la despedida sea triste.

No nos permitieron ni decirnos adiós, ni darnos un abrazo, ni estrecharnos la mano. Sólo el colectivo de la prisión, que une la Plaza de Carlos con Pankrác, nos da mutuas noticias de nuestra suerte.

Tú sabes, Gustina, y yo también lo sé, que no nos volveremos a ver más. Pero aun así, yo te oigo gritando desde lejos: “Hasta la vista, querido”.

¡Hasta la vista, Gustina mía!

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

Mi testamento.

No tenía más que mi biblioteca. Y la Gestapo la destruyó.

He escrito muchos artículos culturales y políticos, reportajes, ensayos, informes críticos de literatura y de teatro. Muchos de ellos correspondían a una jornada y con ella morían. Dejadlos en paz. Pero algunos pertenecen a la vida. Esperaba que Gustina pudiese recogerlos. Quedan pocas esperanzas. Por ello ruego al honesto camarada Ladislav Stoll que haga una selección de ellos para formar cinco libros:

- 1.—Artículos políticos y de polémica.
- 2.—Recopilación de reportajes sobre nuestro país.
- 3.—Recopilación de reportajes sobre la U.R.S.S.
- 4 y 5.—Artículos y ensayos sobre literatura y teatro.

La mayoría de estos trabajos los encontrará en *Tvorba* y en *Rudé Právo*. Otros en *Kmen*, *Proletkult*, *Doba*, *Socialista*, *Avantgarda*, etc.

En casa del editor Girgal (al que aprecio por la audacia con que, durante la ocupación, publicó mi estudio sobre Bozena Němcová) están los manuscritos del estudio sobre Julius Zeyer; en la casa donde vivían los Jelínek, los Vysusil y los Suchánek —la mayoría de ellos muertos hoy— está oculta una parte de mi estudio sobre Sabina y las notas sobre Jan Neruda.

He comenzado a escribir una novela sobre nuestra generación. Dos capítulos están en casa de mis padres. El resto, probablemente ha sido destruido. He visto algunos cuentos en manuscrito en el expediente de la Gestapo. Al crítico literario que va a nacer, le lego mi amor por Jan Neruda. Es nuestro mejor poeta. Vio muy por encima de nosotros pensando en el porvenir. Pero no hay todavía ninguna obra que lo comprenda y valore. Hay que mostrar al Neruda proletario. Le han pegado a los faldones la etiqueta de los “Idilios de Mala Strana”,¹¹ sin darse cuenta de que justamente ese barrio “idílico” de Mala Strana lo consideró siempre como un “granuja”, nacido en los límites de Smíchov¹², en un ambiente obrero, que para ir al cementerio de Mala Strana por sus “Flores de Cementerio” tenía que pasar junto a la fábrica de Ringhofer. Sin conocer eso no comprenderán nunca a Neruda, desde sus “Flores de Cementerio” hasta el folletín sobre el Primero de Mayo de 1890. Todo el mundo —incluso un hombre tan clarividente como Salda— veía en la actividad periodística de Neruda un cierto freno a su creación poética. Es una insensatez. Porque precisamente por ser periodista, Neruda ha podido escribir obras tan magníficas como sus “Baladas y Romances”, “Cantos de Viernes Santo” y la mayoría de sus “Motivos Simples”. El trabajo periodístico agota a menudo al hombre y es posible que hasta le impida concentrarse, pero lo liga al lector y le enseña a crear también en poesía, sobre todo si se trata de un periodista tan honesto

como Neruda. Neruda, sin periódicos en los que reflejar la vida diaria, es posible que hubiese escrito muchos volúmenes de poemas, pero ni uno solo hubiera podido sobrevivir a su siglo como sobrevivirán todas sus obras.

Puede ser que alguien termine mi estudio sobre Sabina: Lo merece.

A mis padres, por su amor y su sencilla nobleza, hubiera querido asegurarlos, con mi trabajo realizado también para ellos, un otoño lleno de sol. Que no se sientan turbados porque no sigo con ellos. “El obrero es mortal; el trabajo es eterno”, y en el calor y la luz que les rodearán, yo estaré siempre a su lado.

Pido a mis hermanas Liba y Věrka que, con sus cantos, hagan olvidar a mi padre y a mi madre que hay un vacío en nuestra familia. Han tragado muchas lágrimas cuando venían a vernos al Palacio Petschek. Pero la alegría vive en ellas y por eso las amo, por eso nos amamos. Ellas son sembradoras de alegría: que no dejen de serlo nunca.

A los camaradas que sobrevivan a esta batalla final y a los que vengan detrás de nosotros, les estrecho fuertemente la mano. En mi nombre y en el de Gustina. Cumplimos con nuestro deber.

Lo repito una vez más: hemos vivido para la alegría; por la alegría hemos ido al combate y por ella morimos. Que la tristeza jamás vaya unida a nuestro nombre.

19-V-1943 J.F.

22 de mayo de 1943

Concluido y firmado. Desde ayer, mi causa ante el juez de instrucción está terminada. Esto marcha más rápidamente de lo supuesto. Parece que tienen prisa. Lída Flacha y Mirek son mis compañeros de juicio. A Mirek no le sirvió de nada su debilidad.

Con el juez de instrucción todo ha sido correcto y frío como el hielo. En la Gestapo, por lo menos, había un poco de vida, algo terrible, pero vivo. Allí dentro había pasión: por un lado la pasión de los combatientes y, por el otro, la pasión de los cazadores, de las fieras o de los simples ladrones. Algunos de los del otro lado tenían hasta una especie de convicción. Pero aquí, el juez de instrucción no entiende más que de burocracia: grandes insignias con la cruz gamada proclaman convicciones que en el fondo faltan. Es el escudo detrás del cual se esconde el pobre empleadillo, decidido a sobrevivir a esta época de cualquier manera. No es ni malo ni bueno para con los acusados. No sonríe ni frunce el entrecejo. Ejerce. Nada de sangre; sólo una sopa aguada.

El acta de acusación está lista, firmada, y ahora agregan todos los párrafos que quieren. Se

citan en ella seis crímenes de alta traición, un complot contra el Reich, la preparación de una sublevación armada y no sé cuántas cosas más aún. Uno solo de estos cargos habría sido suficiente.

He luchado aquí durante trece meses por la vida de los otros y la mía. Con audacia y con astucia. Los nazis tienen incluido en su programa la “astucia nórdica”. Creo que también supe usarla. Me han vencido por la sencilla razón de que ellos tienen también un hacha en sus manos.

Esta lucha, pues, ha terminado. Ahora comienza el período de espera. Dos, tres semanas para elaborar la acusación. Luego, el viaje al Reich, esperar la reunión del Tribunal, la condena y, por último, cien días en capilla hasta la ejecución. Esas son las perspectivas. Quizás todavía cuatro o cinco meses. Durante ese tiempo muchas cosas pueden cambiar. Durante ese tiempo todo puede cambiar. Desde aquí no puedo juzgarlo. Un desarrollo más rápido de los acontecimientos en el exterior puede acelerar también nuestro fin. Y con eso todo se equilibra.

Es una carrera entre la esperanza y la guerra. Una carrera entre la muerte y otra muerte. ¿Qué vendrá primero? ¿La muerte del fascismo o la mía? ¿Es ésta una cuestión en la que yo solo pienso? No. Eso mismo se preguntan decenas de millares de presos, eso mismo se preguntan millones y millones de soldados, eso mismo se preguntan decenas de millones de hombres y mujeres en toda Europa y en el mundo entero. Unos tienen más esperanza y otros menos. Pero es sólo aparentemente. Los horrores con que el capitalismo en descomposición ha inundado al mundo constituyen amenazas supremas para todos. Centenares de miles de hombres —¡y qué hombres!— caerán todavía antes de que los sobrevivientes puedan responder: yo sobreviví al fascismo.

Ahora la cuenta es sólo de meses y pronto será de días. Pero precisamente serán éstos los más crueles.

Siempre pensé cuán triste sería ser el último soldado tocado en el corazón por la última bala y en el último momento de la guerra.

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

Pero alguien tiene que ser el último. Y si supusiera que puedo serlo yo, ahora mismo iría. El breve tiempo que me queda de estar en la cárcel de Pankrác no me permite dar a este reportaje la forma que debiera tener. Tengo que ser más breve. Mi reportaje constituirá el testimonio de los hombres y no de toda una época. Eso es, creo, lo más importante.

He comenzado estas figuras con el matrimonio Jelínek, gente sencilla que en tiempos normales no te parecerían héroes. En el momento de la detención estaban uno al lado del otro, con las manos en alto: él, pálido; ella, con las rosetas de la tuberculosis en sus mejillas. Tenía los ojos un poco asustados al ver cómo, en cinco minutos, la Gestapo transformó el orden ejemplar que reinaba en su casa en una desolación. Después volvió lentamente la cabeza hacia su marido y le preguntó:

—Pepe: y ahora, ¿qué va a pasar?

Él fue siempre poco hablador. Encontraba con dificultad las palabras. Hablar le inquietaba. Pero en ese momento respondió tranquilamente y sin ningún esfuerzo:

—Vamos a la muerte, María.

Ella no lanzó ni un grito. Ni se conmovió. Con un bello gesto bajó las manos y se las tendió a Jelínek, ante los cañones amenazadores de las pistolas. Este gesto atrajo sobre ella y su esposo los primeros golpes. Enjugó la cara, miró con extrañeza a los intrusos y casi cómicamente dijo:

—Tan buenos mozos —dijo y alzó la voz—, ¡tan buenos mozos... y tan brutos!

Los ha apreciado en su justo valor. Unas horas más tarde la sacaron de la oficina del comisario encargado del “interrogatorio” casi sin conocimiento por los golpes recibidos. Pero ni aun pegándola pudieron sacar nada de ella. Ni entonces ni más adelante.

No sé lo que pasó con ellos durante el tiempo que estuve tendido en mi celda, en la imposibilidad de ser interrogado. Pero sé que en todo ese tiempo nada dijeron. Me esperaban. Y después, ¡cuántas veces Pepe fue golpeado, golpeado y golpeado! Pero nada dijo, antes de que yo pudiera decirle o por lo menos indicarle con la mirada lo que podía o debía decir, a fin de desorientar la investigación.

Antes, María era sensible hasta las lágrimas. Así la conocí hasta el momento de su detención. Pero durante toda su estancia en la Gestapo jamás vi una lágrima en sus ojos. Amaba su casa, pero cuando los camaradas de fuera le dijeron, por darle una satisfacción, que sabían quién había robado los muebles de su casa y que lo vigilaban, contestó:

—¡Al diablo con los muebles! No perdáis el tiempo con ellos. Ahora debéis ocuparos de cosas más importantes: trabajar en lugar nuestro. Primero hay que hacer una limpieza general y después, si sobrevivo, yo misma pondré orden en mi casa.

Un día se los llevaron a los dos. A cada uno por un lado. En vano busqué el lugar de destino. En la Gestapo, la gente desaparece sin dejar huella, sembrada en millares de cementerios. ¡Ah, qué cosecha saldrá de esta terrible semilla! Su último mensaje fue:

—Patrón, diga a los de afuera que no me compadezca nadie y que nadie se aterrorice con mi suerte. He hecho lo que me ordenaba mi deber de obrera, y como tal moriré.

Era “sólo una criada”. No tenía ninguna cultura clásica y no sabía que en el pasado ya se había dicho:

Pasajero, ve y di a Esparta que aquí hemos muerto por obedecer sus leyes.

Los Vysusil

Los Vysusil vivían en la misma casa, en el apartamento vecino al de los Jelínek. También ellos eran José y María. Una familia de empleados subalternos, de algo más edad que sus vecinos. José era un chico alto, del barrio de Nusle y a los diecisiete años fue movilizad para la primera guerra mundial. Semanas más tarde fue hospitalizado a consecuencia de la fractura de una rodilla, de la que nunca llegó a restablecerse. Se conocieron en el hospital de Brno, donde María trabajaba como enfermera. Tenía ocho años más que él y había hecho un mal casamiento.

Terminada la guerra, se casó con José. Y, algo de enfermera, algo de madre, quedó entre ellos para siempre. No procedían de familias proletarias; tampoco formaban una familia proletaria. Tanto más complicado, más difícil fue su camino hacia el Partido: pero, lo encontraron. Y lo encontraron pasando —como en muchos casos semejantes— por la Unión Soviética. Aun mucho antes de la ocupación nazi sabían qué querían y ocultaban en su casa a camaradas alemanes.

En los tiempos más duros, después del ataque a la Unión Soviética y el primer estado de guerra, en 1941, se reunían en su casa los miembros del Comité Central. Allí dormía Honza Zika,

Honza Cerny y, más a menudo, también yo. Allí, en su casa, se hacía el *Rudé Právo*, allí se tomaban decisiones y allí conocí por primera vez a “Carlos”: a Cerny.

Eran concienzudos, serios y atentos; encontraban la salida justa siempre que surgía alguna situación comprometida que, en la clandestinidad, abundan más de lo previsto. A nadie se le hubiera ocurrido que ese larguirucho subalterno de los “caminos de hierro” y esa “señorita” de Vysusil se encontraran complicados en un asunto político.

Lo detuvieron poco después que a mí. Quedé horrorizado al verlo aquí por primera vez. Si hablaba, las consecuencias serían graves. Pero calló. Fue detenido por unos manifiestos que habían dado a leer a un amigo. Y se mantuvo en la cuestión de los manifiestos.

Unos meses después, cuando por la indisciplina de Pokorny y Pixová se supo que Honza Cernú había estado alojado en casa de la hermana de la señora de Vysusil, los nazis, durante dos días consecutivos y a su manera, “interrogaron” a José para arrancarle la pista del último mohicano de nuestro Comité Central. Al tercer día llegó a la “400” y se sentó con precaución: sobre las carnes laceradas uno se sienta verdaderamente mal. Le lancé una mirada ansiosa, interrogándole y animándole. Él respondió graciosamente, en su léxico de barrio:

—Cuando la cabeza no quiere, no hablan ni la boca ni el culo.

Conocía bien a esta pequeña familia. Sabía hasta qué punto se amaban, su nostalgia cuando se hallaban separados uno de otro, aun cuando no fuera más que por uno o dos días. Sin embargo, los meses pasan y qué triste debe de ser la vida en aquel cuarto acogedor de Nusle, cerca de Michie, para una mujer sola, a esa edad en que la soledad es tres veces más dura de soportar que la muerte. ¡Cuántos sueños habrá tejido para ayudar a su marido y restablecer aquel pequeño idilio durante el cual se llamaban —un poco ridículamente, bien es cierto— “mamita” y “papaíto”. Y encontró de nuevo el único camino: perseverar en el trabajo, trabajar por los dos.

La víspera de año nuevo de 1943, sentada sola ante la fotografía de José y en el mismo lugar donde solía sentarse él, esperaba las campanadas de las doce. Y cuando sonaron, brindó a la salud de José, por su regreso, porque pudiese alcanzar el día de la libertad.

Un mes más tarde fue detenida. Mucha gente en la “400” tembló, porque ella era el enlace encargado de las relaciones con la cárcel.

Pero no dijo nada.

No la torturaron a golpes: estaba gravemente enferma y hubiera muerto en sus manos. La torturaron con algo más terrible: atacando su imaginación. Unos días antes de su detención enviaron a su marido a trabajar a Polonia.

Ahora le decían:

—Mire: la vida allí es dura, incluso para la gente sana. Y su marido está inválido. No saldrá de ésta. Perecerá en cualquier parte y no lo verá más. ¿Y a quién encontrará usted después, a sus años? Sea razonable. Díganos todo lo que sepa y nosotros se lo devolveremos enseguida.

¡Mi Pepe! ¡Mi pobre Pepe! Va a perecer allí, en Polonia, quién sabe dónde, ¡Y quién sabe cuál será su muerte! Ya han matado a mi hermana: ahora están matando a mi marido. Voy a quedar sola, completamente sola. ¿A quién podría yo encontrar después, a mis años. Sola, abandonada hasta la muerte... y yo podría salvarle. Me lo devolverían, sí, pero, ¿a qué precio? Pero entonces ya no sería yo ni él mi “papaíto”.

Y no soltó ni una palabra.

Desapareció en uno de aquellos transportes anónimos de la Gestapo. Poco tiempo después recibimos la noticia de que José había muerto en Polonia.

Lída

La primera vez que llegué a casa de los Baxa era por la tarde. Únicamente estaba Josefina con una muchachita menuda, de ojos vivos, que se llamaba Lída. Esta era todavía una niña y estuvo todo el tiempo mirando con curiosidad mi barba, contenta de que, conmigo, hubiese entrado en la casa una cosa nueva e interesante, con la cual ella podría divertirse un rato. Rápidamente nos hicimos amigos. Con gran sorpresa supe que esta criatura tenía ya casi diecinueve años. Era hermanastra de Josefina y se apellidaba Plachá,¹³ aunque muy poco de tal tenía ella. Actuaba como aficionada en el teatro, al que adoraba.

Me convertí en su confidente. Al menos me confiaba sus disgustos y sus sueños de juventud y recurría a mí como juez en los casos de litigio que tenía con su hermana. Porque ella se dejaba arrebatarse por su temperamento, como ocurre a menudo con las chicas jóvenes, y estaba muy mimada, como suelen estarlo los hijos esperados con ansia y llegados con retraso.

Me acompañó cuando salí de la casa a pasear por primera vez después de seis meses. Un señor maduro, cojeando, llama menos la atención acompañado de su hija que paseando solo. Las miradas van detrás de ella más que detrás de él. Por la misma razón me acompañó también en mi segundo paseo y después en la primera cita clandestina. Y en la primera casa clandestina. Y así ha sido, como dice ahora el acta de acusación, así se sucedieron naturalmente las cosas. Lída llegó a ser mi enlace.

Lo hacía con placer. No se ocupaba demasiado de lo que eso significaba ni de para qué servía. Era algo nuevo, interesante, algo que no hace todo el mundo, y con cierto sabor de aventura. Eso le bastaba.

En tanto se trató de cosas pequeñas, yo mismo no quise decirle más. La ignorancia, en caso de detención, la hubiera protegido mejor que la conciencia de “culpabilidad”.

Pero Lída se familiarizó con su trabajo. Pronto supo hacer algo más que darse una vuelta por la casa de los Jélinek para entregarles un mensaje cualquiera. Debía conocer también de qué se trataba. Y comencé. Era una clase, una clase con todas las de la ley. Lída aprendía con devoción y placer. A primera vista, era siempre la misma chica alegre, desenvuelta y un poco traviesa, pero en su interior había cambiado ya: pensaba. Y crecía.

En el cumplimiento de una tarea conoció a Mirek. Él había realizado ya un importante trabajo, del cual sabía hablar muy bien. Consiguió impresionarla. Sin duda a ella no le fue posible conocer el fondo verdadero de su carácter, pero en este caso tampoco yo fui capaz de conocerlo. Lo importante fue que, con su trabajo, con su aparente convicción, Mirek estuvo más cerca de ella que los otros muchachos.

Todo esto germinó rápidamente en ella y las raíces arraigaron profundamente.

A principios del año 42 comenzó a hablar, en forma encubierta, de su adhesión al Partido. Jamás la había visto tan preocupada. Jamás tomó alguna cosa con tanta seriedad. Yo todavía vacilaba. Continuaba su instrucción. La ponía a prueba.

En febrero de 1942 fue aceptado su ingreso en el Partido por el Comité Central, directamente. Volvíamos a casa en una noche glacial. Ella, siempre tan conversadora, callaba entonces. Por fin, en los campos cercanos a la casa, se detuvo y en voz baja, tan baja que se podía sentir el crujir de los cristales de nieve, me dijo:

—Yo sé que es el día más importante de mi vida. Desde este momento ya no me pertenezco. Le prometo no faltar nunca a mi deber. Pase lo que pase.

Muchas cosas han pasado. Y no faltó a su deber. Mantenía los contactos más delicados con las “alturas”. Realizaba las tareas más peligrosas: restablecer contactos interrumpidos y salvar a camaradas amenazados. Si algo “ardía”, allá iba Lída, escurriéndose como una anguila. Lo hacía con sus maneras de antes, con su alegre despreocupación, bajo la cual su sentido de la responsabilidad se había afirmado sólidamente. Fue detenida un mes después que yo. Mirek atrajo la atención sobre ella con sus confesiones y ya no fue difícil establecer después que había ayudado a su hermana y a su cuñado a huir y a pasar a la clandestinidad. Moviendo la cabeza, desempeñó con gran temperamento el papel de una muchacha inconsciente que no tenía la menor idea de haber realizado algo prohibido, que pudiera acarrearle graves consecuencias.

Sabía mucho, pero no dijo nada. Y, sobre todo, no dejó de trabajar. El miedo había cambiado. También los métodos de trabajo y, por consiguiente, las tareas. Pero no cambió para ella su deber de miembro del Partido: el deber de no permanecer con los brazos cruzados, cualquiera que fuese el sector de la lucha. Seguía realizando todas las tareas con abnegación, rapidez y precisión. Si era necesario salir al paso de una situación embrollada para salvar a alguien de fuera, Lída asumía la “culpa” de otro, como si de nada extraordinario se tratase. La nombraron ordenanza en la prisión de Pankrác y gracias a su intervención decenas de personas desconocidas para ella pudieron evitar el ser detenidas. Un mensaje interceptado casi un año después puso fin a su “carrera”.

Ahora va con nosotros al tribunal del Reich. Es la única de nuestro gran grupo que tiene esperanzas justificadas de alcanzar la libertad. Es joven. Si nosotros faltamos, no permitáis que se pierda. Debe aprender todavía mucho. Enseñadla. No permitáis que se quede estancada. Y orientadla. Impedid que se torne orgullosa y se sienta autosatisfecha con lo realizado. Ha pasado por las pruebas más difíciles. Por pruebas de fuego. Y ha mostrado que tiene buen temple.

Mi comisario

Este no pertenece a las figuras. Es una figurilla interesante, con un poco más de envergadura que las otras.

Cuando, diez años ha, en el café Flora de Praga hacías sonar las monedas sobre la mesa gritando: “¡Mozo, la cuenta!”, aparecía inmediatamente a tu lado un tipo largo, flaco, vestido de negro, que nadaba como una anguila entre las mesas, hasta presentarte la cuenta. Tenía movimientos felinos, rápidos y silenciosos y ojos penetrantes, de fiera que todo lo ve. No necesitabas ni expresar tus deseos. El mismo ordenaba a los camareros: “mesa tercera, un café con leche”; “a la izquierda, junto a la ventana, pasteles y *Lidové Noviny*”.¹⁴ Era un buen camarero para los clientes y un buen colega para los demás empleados.

En aquella época, yo no le conocía todavía. Le conocí mucho más tarde, en casa de los Jelínek,

cuan do, en vez de un lápiz, tenía una pistola en la mano encañonándome con ella decía:

—...ése es el que más me interesa.

A decir verdad, nos interesábamos mutuamente. Tenía una inteligencia natural y una ventaja sobre los otros: olfato para “conocer” a la gente. Si hubiera pertenecido a la policía criminal, habría alcanzado seguramente grandes éxitos. Los pequeños ladrones o asesinos, los desclasados y aislados de la sociedad no hubieran vacilado en abrirle su corazón, porque esta gente no tiene otra preocupación que la de salvar el pellejo. Pero en las garras de la policía política caen pocos de esos tipos de “sálvate-como-puedas”. Aquí la astucia policíaca no se mide solamente con la astucia del preso. Se mide con una fuerza mucho más grande: con su convicción y con la prudencia de la comunidad de que forma parte. Y contra eso ni la astucia ni los golpes son suficientes.

En “mi comisario” no encuentras una convicción propia y firme. Ni en él ni en los otros. Y si por casualidad en algunos de ellos encuentras una convicción, ésta va acompañada de la idiotez, no de la astucia ni del conocimiento de las ideas y de los hombres. Si a pesar de ello lograban algunos éxitos era debido a la larga duración de la lucha en un espacio muy reducido, en condiciones incomparablemente más difíciles que en cualquier otra situación de ilegalidad. Los bolcheviques rusos decían que un buen militante era el que se mantenía dos años en la clandestinidad. Además, si se sentía amenazado en Moscú, podía desaparecer y marchar a Petrogrado y de Petrogrado a Odesa, perdiéndose así en las grandes ciudades con millones de habitantes, donde nadie le conocía. Pero aquí no tienes más que Praga, Praga, Praga, donde te conoce media ciudad y donde puede concentrarse toda una jauría de provocadores. A pesar de ello, hemos resistido años enteros; a pesar de ello, hay camaradas que viven ya su quinto año de ilegalidad sin haber sido descubiertos por la Gestapo. Esto es posible porque hemos aprendido mucho, es cierto. Pero también es posible porque el enemigo, aunque poderoso y cruel, no sabe más que destruir.

En la sección 11-A I hay tres a quienes se conoce por su reputación de implacables enemigos del comunismo. Ostentan la escarapela negra, blanca y roja por méritos en la guerra contra el enemigo interior. Son: Friedrich, Zander y “mi comisario”, José Böhm. Del nacional socialismo de Hitler hablan poco. Todo lo que saben. No luchan por un ideal político. Luchan por sí mismos. Cada uno a su manera.

Zander —un ratón con la hiel siempre revuelta— es el que más sabe de métodos policíacos. Pero sabe todavía mucho más sobre operaciones financieras. Fue trasladado de Praga a Berlín por algunos meses, pero insistió en volver. El servicio en la capital del Reich constituía para él una degradación. Y una pérdida financiera. Cualquier empleado colonial en África o en Praga es un señor muy poderoso y tiene más posibilidades de imponer dinero en el banco. Es aplicado, y le gusta interrogar durante la hora de las comidas, con el fin de demostrar su celo. Y tiene necesidad

de demostrarlo, para que no se vea que pone aún mayor celo fuera de la oficina. Desgraciado de aquél que cae en sus manos y más desgraciado aún si tiene en su casa una libreta de la caja de ahorros u otros valores. Hay que matarlo en el plazo más rápido posible, porque las libretas de ahorros y los valores son la pasión de Zander. (En este aspecto se le considera el funcionario más eficiente. En esto se diferencia de su ayuda de campo, el intérprete checo, Smola, un pirata-*gentleman* que no exige la vida si recibe dinero.)

Friedrich: un tipo alto, delgado y moreno, con ojos de granuja y sonrisa de sinvergüenza, llegó a la República un día del año 1937 como espía de la Gestapo para ayudar a liquidar a los camaradas emigrados alemanes. Porque su pasión son los muertos. No conoce inocentes. Quien traspasa el umbral de su despacho es culpable. Le gusta comunicar a las esposas la muerte de sus maridos en el campo de concentración o en la horca. Goza al sacar del cajón de la mesa siete pequeñas urnas y mostrarlas a los detenidos, mientras comenta:

—A estos siete los he golpeado con mis propias manos hasta la muerte. Tú serás el octavo.

(Ahora ya son ocho, porque asesinó a Jan Zizka).

Le gusta revolver antiguos expedientes y decir, con aire de satisfacción cuando encuentra alguno de un muerto: “Despachado. Despachado”. Sobre todo goza torturando a las mujeres.

Su afición al lujo no es más que un pequeño motor auxiliar de su actividad policíaca: un piso bien amueblado o una pañería aceleran tu muerte. Eso es todo.

Nergr, su ayudante checo, es media cabeza más bajo. Es por lo que se refiere a la estatura. Pero en lo demás no hay diferencia alguna entre ellos.

Böhm, “mi comisario” no es un apasionado del dinero ni de los muertos, aunque su lista no sea más corta que las de los precedentes. Es un aventurero dominado por el deseo de ser alguien. Trabajaba también para la Gestapo desde hacía largo tiempo. Era camarero en el “Salón napoleónico” y asistía a las entrevistas confidenciales de Beran. Böhm completó lo que Beran no había dicho a Hitler. Pero, ¿qué era todo aquello comparado con la caza del hombre, con el sentimiento de ser dueño de la vida y de la muerte, cuando tienes en tus manos los destinos de familias enteras?

Para dejarlo satisfecho no siempre era necesario que las cosas terminaran tan tristemente. Pero si no conseguía destacarse de otra forma, podía esperarse lo peor. ¿Qué vale la belleza y la vida al

lado de la celebridad de Eróstrato?

Él solo organizó la más amplia red de provocadores. Un cazador con una gran jauría de perros de caza. Y cazaba. Muchas veces sólo por el placer de cazar. Los interrogatorios, a menudo, eran para él una ocupación aburrida. El arresto: ésa era su obra maestra. Y luego le gustaba ver a la gente esperando su decisión. Una vez detuvo a doscientos conductores y cobradores de tranvías y trolebuses. Los cazó durante el servicio, deteniendo el tráfico y sembrando el pánico en todo el transporte. ¡Qué feliz se sentía! Después soltó a ciento cincuenta, satisfecho de que ciento cincuenta familias pudiesen hablar de él como de un buen hombre.

En general, llevaba causas con muchos protagonistas, pero sin mayor relevancia. Yo, detenido por casualidad, constituía la excepción.

—Tú eres mi caso más importante —me decía a menudo con toda sinceridad. Estaba orgulloso de que yo hubiese sido clasificado como uno de los casos más importantes. Tal vez me haya prolongado la vida.

Nos mentíamos mutuamente, con todas nuestras fuerzas, sin interrupción y con fruición. Yo lo sabía siempre; él, sólo algunas veces. Pero cuando la mentira era ya evidente pasábamos sobre ella como en tácito acuerdo. Creo que no le preocupaba tanto averiguar la verdad como el temor a que alguna sombra fuera a opacar “su gran caso”.

No consideraba el palo y el hierro como los únicos medios para interrogar. Le gustaba más la forma confidencial o las amenazas, según los casos, según valorara a “su” hombre. A mí no me torturó jamás, salvo quizá la primera noche. Pero cuando le interesaba, me entregaba a los demás con ese objeto.

Decididamente, era más interesante y complicado que los otros. Tenía una imaginación más rica y sabía utilizarla. Fuimos juntos a una cita inventada en Braník.¹⁵ Allí nos sentamos en una taberna al aire libre, mirando cómo la gente pasaba a nuestro lado.

—Te hemos detenido —me decía— y mira: ¿ha cambiado algo por eso? La gente pasea como antes, ríe, tiene sus preocupaciones igual que antes. El mundo marcha como si tú jamás hubieras existido. Seguramente entre ellos hay más de uno de tus lectores. ¿Y crees que por ti tendrán una arruga más?

Otra vez, después de una jornada de interrogatorio, me metió en un auto y atravesando Praga me condujo a Hradcany, sobre la calle Neruda:

—Sé que amas a Praga. ¡Mírala bien! ¿Es que no quieres volver nunca más a ella? ¡Qué hermosa es! Lo será igual cuando tú ya no existas...

Desempeñaba bien el papel del Tentador. Aquella tarde de verano se respiraba ya en Praga la proximidad del otoño. Tonos azules envolvían la ciudad, empolvada como las uvas maduras y embriagadora como el vino. Hubiera querido mirarla hasta el fin del mundo... pero le interrumpí:

—...y será más bella todavía cuando vosotros no estéis aquí.

Böhm rio brevemente. No con malicia, sino más bien con tristeza y dijo:

—Eres un cínico... Cuando nosotros no estemos ya... Pero, es que ¿todavía no crees en nuestra victoria?

Me preguntaba porque él mismo ya no creía. Y escuchó con atención cuando le hablé de la fuerza invencible de la Unión Soviética. Por cierto que éste fue uno de mis últimos “interrogatorios”.

Los tirantes — Interludio

Junto a la puerta de la celda situada frente a la mía cuelgan unos tirantes. Tirantes de hombre, completamente ordinarios. Una prenda que nunca me gustó. Pero ahora, cada vez que alguien abre la puerta de nuestra celda, la miro con placer: veo en ella un rayo de esperanza.

Cuando te detienen, te pegan—algunas veces hasta la muerte—, pero antes te quitan la corbata, el cinturón y los tirantes, para que no puedas ahorcarte, aunque con la sábana se puede uno colgar perfectamente. Esos peligrosos instrumentos de muerte quedan depositados en la oficina de la cárcel hasta el momento en que una Parca anónima de la Gestapo decida enviarte a otro lugar: al

trabajo, al campo de concentración o al patíbulo. Entonces te llaman y con gran dignidad oficial te devuelven los tirantes, la corbata y el cinturón. Pero no tienes derecho a llevarlos a tu celda: debes colgarlos fuera, al lado de la puerta o en la barandilla de enfrente, donde quedan expuestos hasta tu marcha, como signo visible del próximo viaje involuntario de uno de los moradores de la celda.

Los tirantes de enfrente aparecieron el mismo día que supe de la suerte reservada a Gustina. El camarada a quien pertenecen irá a trabajar en el mismo convoy que ella. El convoy no ha salido todavía. Ha sido retrasado porque parece que el lugar previsto para trabajar fue destruido por los bombardeos. (Otra bella perspectiva.) Nadie sabe cuándo saldrá. Quizás esta misma tarde, o mañana, o puede ser que dentro de una semana o quince días. Los tirantes de enfrente están siempre colgados. Y yo sé: mientras los vea, Gustina estará en Praga. Por ello los miro con alegría y con cariño, como a alguien que la estuviera ayudando. Gana un día, dos días, tres... ¡quién sabe si estos días pueden salvarla!

Todos nosotros vivimos aquí en esa atmósfera. Hoy, hace un mes, hace un año, continuamente mirando hacia el mañana, en el que descansa nuestra esperanza. Tu suerte está echada. Pasado mañana serás fusilado. ¡Ah, pero, ¿qué es lo que puede pasar mañana todavía? Llegar sólo a mañana, porque mañana todo puede cambiar; es todo tan inestable, sí, ¡quién sabe lo que puede ocurrir mañana! Y los mañanas pasan. Millares caen. Para millares ya no hay nuevos días. Pero los que siguen con vida continúan viviendo con la esperanza fija: mañana. Quién sabe qué puede ocurrir mañana.

De aquí surgen los cuentos más fantásticos. Cada semana una fecha color de rosa anuncia el fin de la guerra y cada uno la recibe con la boca abierta de oído a oído. Cada semana, la prisión de Pankrác murmura una novedad sensacional, tan agradable de creer. Luchas contra ello, luchas contra las falsas esperanzas, porque no fortifican, sino por el contrario, debilitan los caracteres. El optimismo no debe ser alimentado con la mentira, sino con la verdad, con una visión clara de la indudable victoria. Pero, en tu fuero interno, lo fundamental te lleva a considerar ese día como el decisivo y que la jornada que ganas te permitirá pasar los límites que separan la vida que no quieres abandonar de la muerte que te amenaza.

¡Tiene tan pocos días la vida humana! Y, sin embargo, aquí deseas que pasen rápidamente, lo más rápidamente posible. El tiempo que pasa, el tiempo imperceptible que te hace todo el tiempo sangrar, aquí es tu amigo. ¡Qué extraño!

El mañana se transforma en ayer. El pasado mañana en hoy. Un día más ha pasado.

Los tirantes cuelgan todavía al lado de la puerta de enfrente.

27 de mayo de 1943.

Hace exactamente un año.

Del interrogatorio me llevaron abajo, a la “sala de cine”. Era el viaje diario desde la “400”: a mediodía, abajo, a la comida traída de Pankrác, y por la tarde, de vuelta al cuarto piso. Pero aquel día ya no volvimos arriba.

Estás sentado y comes. Los bancos están llenos de presos, que manejan la cuchara y mastican. Parece casi humano. Si todos los que mañana estarán muertos se transformaran en esqueletos, el tintineo de las cucharas y de las escudillas desaparecería de golpe entre el rechinar de los huesos y el seco chasquido de las mandíbulas. Pero entonces nadie lo sospechaba todavía. Todos se entregaban a la comida para vivir aún semanas, meses, años.

Se hubiera podido decir: buen tiempo. Y luego un fuerte golpe de viento y de nuevo el silencio. Sólo por las caras de los guardianes se podía adivinar que algo pasaba. Poco después nos llaman y nos ponen en fila, para trasladarnos a Pankrác al mediodía. Es extraordinario. Un mediodía sin interrogatorio, cuando ya estás cansado de preguntas que no tienen respuesta. Es como un regalo de los dioses. Pero no lo es.

En el corredor encontramos al general Eliás. Tiene los ojos excitadísimos. Me ve y me susurra, entre el grupo de vigilantes:

—Estado de sitio.

Los presos no disponen más que de fracciones de segundo para las comunicaciones más importantes. A mi muda interrogación ya no alcanza a responder. Los vigilantes de Pankrác se muestran sorprendidos con nuestra prematura vuelta. El que me lleva a la celda inspira más confianza. No sé todavía quién es. Pero le digo lo que he oído. Mueve la cabeza. No sabe nada. Puede ser que haya oído mal. Sí, es posible. Eso me tranquiliza. La misma tarde vuelve a la celda y dice:

—Tenía usted razón. Atentado contra Heydrich, Gravemente herido. Estado de sitio en Praga.

Al día siguiente nos forman abajo, en el corredor, para llevarnos a los interrogatorios. Entre nosotros está también el camarada Viktor Synek, último miembro con vida del Comité Central del Partido, detenido en febrero de 1941. El guardallaves de la prisión, vestido con uniforme de S.S., agita ante sus ojos un papel blanco en el que, en gruesos caracteres, se puede leer lo siguiente:

—*Entlassungsbefehl*.¹⁶

Ríe brutalmente.

—Ya lo ves, judío; no has esperado en vano: ¡la orden de darte de baja! Zás...

Y muestra con el dedo el lugar de la garganta por donde la cabeza de Viktor se separará de su cuerpo. Otto Synek fue el primer ejecutado durante el estado de sitio de 1941. Viktor, su hermano, es la primera víctima del estado de sitio de 1942. Lo transportan a Mauthausen. “Para la caza”, como dicen “noblemente”.

El viaje de ida y vuelta de Pankrác al Palacio Petschek es un calvario diario para millares y millares de presos. Los S.S. que vigilan en los coches “toman su revancha por Heydrich”. Antes de que el coche celular haya recorrido un kilómetro, a los diez presos les brota la sangre de las bocas y las cabezas rotas con las culatas de los revólveres. Mi eventual presencia en el coche es una ventaja para los demás, porque mi peluda barba atrae a los S.S. y los impulsa a hacer bromas ingeniosas. Agarrarse a mi barba como a la manilla de un coche y sacudirla violentamente constituyen algunos de sus placeres favoritos. Para mí son una buena preparación para los interrogatorios, en consonancia con la situación general, que terminan invariablemente con la frase:

—Si mañana no eres más razonable, serás fusilado.

Ya no hay en ello nada de horrible. Cada tarde oyes abajo, en el corredor, el pase de lista: cincuenta, cien, doscientas personas encadenadas son subidas a los camiones como bestias destinadas al matadero. Las llevan a Kobylisy, donde se efectúan las ejecuciones sumarias. ¿Su culpa? El no tenerla, principalmente. Han sido detenidos, no están sometidos a ningún proceso, no son necesarios como testigos y por eso son buenos para la muerte. Un poema satírico que un camarada leyó a otros nueve fue la causa de su detención, dos meses antes del atentado. Ahora los diez son llevados a la ejecución por “aprobar el atentado”. Hace medio año fue detenida una mujer por sospechas de que distribuía manifiestos ilegales. Ella lo niega. Entonces detienen a sus hermanas y a sus hermanos, a los maridos de sus hermanas y a las esposas de sus hermanos y los ejecutan a todos porque la consigna de este estado de sitio es exterminar a familias enteras. Un cartero, detenido por error, permanece abajo, junto a la pared, esperando ser puesto en libertad. Oye su nombre y responde a la llamada. Lo alinean en la columna de los condenados a muerte, se lo llevan, lo fusilan y al día siguiente averiguan que se trataba sólo de una coincidencia de nombres y que era otro el que debía haber sido fusilado. Fusilan entonces al otro y todo queda en orden. ¿Para qué perder el tiempo en averiguar la identidad de la gente a la que se va a arrancar la vida? Además, ¿no es superfluo, cuando se trata de exterminar a una nación entera?

Regreso del interrogatorio a altas horas de la noche. Abajo, junto a la pared, está el escritor Vladimír Vancura con un hatillo a sus pies. Sé bien lo que significa eso. También él lo sabe. Nos estrechamos la mano. Le veo por última vez desde lo alto del corredor. Está ahí, con la cabeza inclinada y una mirada lejana, lejana, que atraviesa su vida de lado a lado. Media hora después pronuncian su nombre...

Unos días más tarde, en el mismo lugar está Milos Krásny, valiente soldado de la revolución, detenido en octubre del año pasado, a quien ni las torturas ni las mazmorras de castigo han podido doblegar. Medio vuelto hacia la pared, explica tranquilamente algo a un vigilante situado a sus espaldas. Me ve, sonrío, mueve la cabeza en señal de despedida y continúa:

—Todo esto no os ayudará en nada. Muchos de nosotros caerán todavía, pero seréis vosotros los vencidos...

Y otra vez, también al mediodía. Estamos en los bajos del Palacio Petschek esperando la comida. Traen al general Eliás. Tiene un periódico bajo el brazo y lo señala con una sonrisa: por él ha sabido de sus “vínculos” con los autores del atentado.

—Tonterías —dice brevemente y se pone a comer.

Sigue hablando de lo mismo por la tarde, al volver con los otros a Pankrác. Una hora después lo sacan de la celda y lo llevan a Kobylisy. Los montones de muertos aumentan. Ya no se cuentan por decenas ni por centenas, sino por millares. La sangre siempre fresca excita los ollares de las fieras. “Despachan” hasta altas horas de la noche. “Despachan” incluso los domingos. Ahora todos llevan el uniforme de S.S. Es su fiesta, la fiesta del crimen. Envían a la muerte a obreros, campesinos, maestros, escritores, empleados; asesinan a hombres, mujeres y niños; exterminan a familias enteras; arrasan y queman aldeas completas. La muerte por el plomo se pasea como la peste por todo el país sin distinción.

¿Y el hombre, en medio de este terror?

Vive.

Es increíble. Pero vive, come, duerme, ama, trabaja y piensa incluso en miles de cosas que no guardan ninguna relación con la muerte. Quizás soporte en su nuca una carga terrible, pero la lleva sin bajar la cabeza, sin sucumbir bajo su peso.

A mediados del estado de sitio, “mi comisario” me llevó a Braník. El bello mes de junio estaba impregnado del aroma de los tilos y de las tardías flores de acacia. Era un domingo por la tarde. La carretera, en las terminales de los tranvías, era insuficiente para la precipitada corriente de los que regresaban de las excursiones. Volvían ruidosos, alegres, agradablemente fatigados, abrasados por el sol, el agua y los brazos de sus seres amados. La muerte, únicamente la muerte, que revoloteaba a su alrededor amenazándoles a ellos también, era lo único que no se reflejaba en sus rostros. Bullían, saltarines y simpáticos como los conejos. Como los conejos. Extiende la mano y escoge a uno de ellos, de acuerdo con tu apetito. Se acurrucan en un rincón, pero al instante bullen de nuevo, con todas sus precauciones, sus júbilos y su deseo de vivir.

De un golpe fui trasplantado del mundo amurallado de la prisión a esta corriente torrencial y, al principio, gusté con amargura su beatífica dulzura.

No era justo; no era justo.

Era la vida lo que yo veía allí; la vida sometida a una terrible presión, abatida en uno y creciente en un centenar. La vida, que es más fuerte que la muerte. Y eso no es amargo.

Además, nosotros mismos, en las mazmorras, en medio del terror, ¿acaso somos de otra pasta?

Algunas veces fui a los interrogatorios en autocares de la policía, en los que los guardianes se conducían con moderación. A través de las ventanillas contemplaba las calles, los escaparates de los comercios, los quioscos de flores, la masa de peatones, las mujeres. “Si logro contar nueve pares de bonitas piernas, me dije una vez, no seré ejecutado hoy”. Y luego contaba, miraba, comparaba, examinaba minuciosamente sus líneas, reconociendo y rechazando con interés apasionado, no como si de ello dependiera mi vida, sino como si no se tratase para nada de la vida.

Regularmente volvía tarde a la celda. El padre Pesek estaba ya inquieto, preguntándose: ¿volverá? Me abrazaba; le contaba en pocas palabras lo que había de nuevo, quién más había caído ayer en Kobylisy. Luego comíamos con un apetito feroz las repugnantes legumbres secas, cantábamos canciones alegres o aburridas y jugábamos a ese estúpido juego de los dados que llegó a apasionarnos. Era precisamente en las horas de la tarde cuando, a cada instante, podía abrirse la puerta de la celda y llegar el mensaje de la muerte, destinado a uno de nosotros.

—¡Tú o tú, abajo! Con tus pertenencias. Rápido.

Esta vez no nos han llamado. Hemos sobrevivido a estos tiempos de terror. Los recordamos hoy con extrañeza, por sobre nuestros propios sentimientos. ¡Cómo está construido el hombre, que puede soportar hasta lo insoportable!

Pero hubiera sido imposible que aquellos momentos no dejaran profundas huellas en nosotros. Quizás permanezcan como un carrete de película enrollados en el cerebro, y comiencen a desenrollarse, a desenrollarse hasta hacernos enloquecer algún día en la vida real, si alcanzamos a vivirla. Y quizás también los veamos como un gran cementerio, jardín verde en el que han sido sembradas simientes tan preciosas.

Simientes preciosísimas que germinarán.

La cárcel tiene dos vidas. Una encerrada en las celdas, rigurosamente aislada del mundo exterior, pero ligada a él por los lazos más íntimos, sobre todo cuando se trata de presos políticos. La otra está fuera de las celdas, en los largos pasillos, en la triste penumbra: vida totalmente encerrada en sí misma, uniformada, más aislada que los presos en las celdas. Gente entre la que hay muchas figurillas y pocas figuras. De ésta quiero hablar.

Tiene su zoología. Y también su historia. Si no las tuviera no habría podido conocerla tan profundamente. Conocería solamente el decorado que mira hacia nosotros; sólo su fachada, en apariencia entera y sólida, que pesa como el hierro sobre la población de las celdas. Así fue todavía hace un año; así, hace seis meses. Ahora esta fachada está llena de fisuras, a través de las cuales se perciben los rostros: pobres, agradables, preocupados, ridículos, variados, pero siempre rostros de criaturas humanas. La penosa situación del régimen pone en presión cada miembro de este mundo gris y saca a la luz todo lo que en él quedaba de humano. Algunas veces muy poco. Otras algo más. Esa cantidad los distingue entre sí y forma los tipos. Evidentemente, encuentras entre ellos también algunos hombres enteros. Pero éstos no han esperado. No han necesitado sentirse en peligro para ayudar a los otros a salvarse del peligro.

La cárcel es una institución sin alegría. Pero ese mundo de fuera de las celdas es más triste que el de las celdas. En las celdas reina la amistad. ¡Y qué amistad! Es de éstas que sólo se forjan en el frente, en los grandes peligros, cuando tu vida puede estar hoy en mis manos y la mía mañana en las tuyas. Ese tipo de amistad no existe en absoluto entre los vigilantes alemanes. Y no puede existir. Ellos están rodeados de una atmósfera de delación: uno denuncia y persigue a otro, cada uno de ellos está en guardia ante otro, aunque oficialmente se llamen “camaradas”. Los mejores de entre ellos, los que no pueden o no quieren estar sin amigos, los buscan otra vez en las celdas.

Durante mucho tiempo desconocimos sus nombres. No tenían gran importancia. Entre nosotros les designábamos con los apodos que les dimos o que les habían puesto nuestros predecesores. Tales apodos son una herencia de la celda. Ciertos vigilantes tenían tantos mote como celdas hay. Eran tipos intermedios: ni carne ni pescado. Aquí dieron un día un poco de comer, al lado golpearon a un hombre en la cara. Eran sólo segundos de contacto con los presos, pero habían quedado grabados para siempre en la memoria de la celda, dejando cada uno una idea particular, un sobrenombre especial. De tiempo en tiempo, sin embargo, las celdas se ponían de acuerdo para escoger el apodo. En los casos cuyo carácter se hallaba bien definido. En uno u otro aspecto. En el bueno o en el malo.

¡Mira esos tipos! ¡Mira esas figurillas!

No han sido reunidos al descuido. Son una parte del ejército político del nazismo. Los hombres escogidos. Los puntales del régimen. Los pilares de su sociedad...

“El Samaritano”

Un hombre gordo grandote, con una pequeña vocecita de tenor: Rheuss, “reservista S.S.”, bedel en una escuela de Colonia del Rin. Como todos los bedeles en Alemania, siguió un curso de primeros auxilios y de cuando en cuando reemplazaba al enfermero de la prisión. Fue el primero con quien entré en contacto en Pankrác. Él me arrastró hasta la celda, me tumbó en la colchoneta y cuidó mis heridas aplicándome las primeras compresas. ¡Quizás contribuyó a salvarme la vida! No sé qué se puso de manifiesto entonces: si el hombre o el curso de primeros auxilios. Pero sí estoy seguro de que el nazi asomaba de él cuando rompía los dientes a los detenidos judíos y les obligaba a tragar cucharadas enteras de sal o de arena como medicamento universal contra todas las enfermedades.

“El chico del molinero”

Fabián, un hombre campechano y charlatán, cochero en la fábrica de cerveza de Budějovice. Llega a la celda con una amplia sonrisa y reparte la comida sin hacer nunca mal a nadie. No podrías creer que se pasa horas enteras tras la puerta, escuchando lo que se habla en las celdas, para luego correr y comunicar a sus superiores cada pequeña y ridícula novedad.

Koklar

También obrero de una cervecería de Budějovice. Hay aquí muchos de estos obreros alemanes sudetas. “No importa lo que piensa o hace un obrero individualmente —escribió Marx— sino lo que los obreros, como clase, deben hacer para cumplir su misión histórica”. Estos, aquí, nada saben del papel de su clase. Arrancados de ella, colocados frente a ella, cuelgan en el aire ideológicamente y probablemente un día serán colgados en el verdadero sentido de la palabra.

Se pasó a los nazis para tener una vida más fácil. Pero eso, se ha demostrado, era más complicado de lo que imaginaba. Desde entonces ha perdido su sonrisa. Apostó todo por la victoria del nazismo. Y quedó comprobado que apostó por las patas de un caballo muerto. Desde entonces perdió también el control de sus nervios. Durante la noche andaba por los pasillos de la cárcel y, sin darse cuenta, dejaba las huellas de sus desesperadas ideas en el polvo de las ventanas.

—Todo está jodido —escribía poéticamente, pensando en el suicidio.

Durante el día arrea a los presos y a los vigilantes, gritando con su voz amariconada y atropellada para no sentir miedo.

Rössler

Largo, delgado, con una ruda voz de bajo. Uno de los pocos que aquí saben reír sinceramente. Obrero textil de la región de Jablonec. Viene a la celda y discute. Horas enteras.

—¿Cómo he llegado yo a esto? En diez años no he trabajado regularmente una sola vez. Con veinte coronas semanales para una familia entera, ¿tú sabes qué vida es ésa? Y luego vienen y me dicen: te daremos trabajo; ven con nosotros. Voy y me lo dan. A mí y a todos los otros. Podemos comer. Podemos alojarnos. Podemos vivir. ¿El socialismo? Bueno, no es socialismo. Yo creí que esto era distinto. Pero es mejor que antes.

—¿Que no? ¿La guerra? Yo no quería la guerra. No quería que otros muriesen. Sólo quería vivir yo.

—¿Que le ayudo, queriéndolo o no? Entonces, ¿qué debo hacer ahora? ¿He hecho mal a alguien aquí? Me marcharé y quizás venga otro peor. ¿Ayudo a alguien marchándome? Cuando la guerra termine, volveré a la fábrica...”

—¿Quién crees tú que va a ganar la guerra? ¿Nosotros no? ¿Vosotros? Y después, ¿qué será de nosotros?

—¿El fin? ¡Qué lástima! Yo me lo había imaginado de otra manera...

Y se marcha de la celda con paso largo y negligente.

Media hora después vuelve con una pregunta: ¿Cómo es, de verdad, la Unión Soviética?

“Ello”

Una mañana esperábamos abajo, en el pasillo principal de Pankrác, para ser llevados a los interrogatorios del Palacio Petschek. Así era cada día: de pie, con la frente pegada a la pared para no ver lo que ocurría a nuestras espaldas. Pero aquella mañana resonó tras de nosotros una voz nueva para mí.

—No quiero ver nada. No quiero oír nada. Vosotros aún no me conocéis, pero pronto me conoceréis.

Yo me reí. En esta escuela de doma, la cita del pobre cretino teniente Dub de Svejek¹⁷ estaba realmente en su sitio. Y nadie había tenido hasta entonces el coraje de pronunciar en alta voz aquella broma. Pero un toque de mi vecino me advirtió que no riera, que quizás me equivocase, que no era una broma. Y no lo era.

Lo que habló así detrás de nosotros era una pequeña criatura con uniforme de S.S., quien, visiblemente, no tenía la menor idea de Svejek. Y si hablaba como el teniente Dub era porque intelectualmente estaba a la misma altura que él. Respondía al nombre de Withan y como Vítan había sido sargento-jefe del ejército checoslovaco. Tenía razón: llegamos a conocerlo a la perfección y entre nosotros jamás hablamos de él en otra forma que en neutro. Era “ello”.

Porque, a decir verdad, nuestra imaginación había llegado a su fin cuando trataba de encontrar un apodo adecuado para esta rica mezcla de cretinismo, imbecilidad, jactancia y maldad que era uno de los sostenes principales del régimen en Pankrác.

“Ello” no le llegaba ni a las rodillas del cerdo, como dice un refrán popular checo sobre esta clase de pequeños arribistas vanidosos, para herirlos en el lugar más sensible. ¡Cuánta insuficiencia intelectual hace falta para que el hombre sufra por su pequeñez física! Y Withan sufre por ella y se venga en todo lo que es más grande física o intelectualmente. Es decir, en todo.

Su venganza no es a base de golpes. Le falta audacia para ello. Se venga con la denuncia. ¡Cuántos prisioneros han pagado con su salud las denuncias de Withan y cuántos otros las han pagado con sus vidas! Porque no es lo mismo salir con una u otra calificación de Pankrác hacia el campo de concentración.

Es infinitamente ridículo. Anda con dignidad, completamente solo, por el pasillo y sueña con su gran importancia. Cada vez que encuentra a un hombre, siente la necesidad de subirse a cualquier parte. Si te interroga, se sienta sobre la balaustrada, manteniéndose una hora en esta incómoda posición porque así te saca la cabeza. Si vigila el afeitado, se sube en una pequeña escalera o se

pasea sobre un banco pronunciando sus ingeniosas sentencias:

—No quiero ver nada. No quiero oír nada. Vosotros aún no me conocéis, pero pronto me conoceréis.

Durante la media hora de ejercicios se pasea, al menos, sobre el césped, que lo eleva diez centímetros por sobre todo lo que le rodea. Entra en la celda con la majestad de un rey, para subirse inmediatamente a una silla y realizar el control desde arriba.

Es infinitamente ridículo, pero —como todos los imbéciles que ocupan puestos con poder sobre la vida de la gente— es también infinitamente peligroso. En el fondo de su imbecilidad se oculta una rara habilidad: la de convertir una pulga en elefante. No conoce más que su tarea de perro guardián y por eso la más mínima desviación en el orden establecido le parece una cosa grandiosa, digna de la importancia de su misión. Inventa y fabrica delitos y crímenes contra el reglamento de la prisión a fin de poder dormir tranquilamente creyéndose alguien. ¿Y a quién aquí le interesa averiguar si hay algo de verdad en sus denuncias?

Smetonz

Un aire marcial con cara de cretino y ojos sin expresión. Caricatura viviente de los esbirros nazis de Grosz. Ordeñaba vacas en la frontera lituana y es raro que este hermoso ganado no le haya dejado ningún rastro de su nobleza. Para sus superiores personifica las virtudes alemanas: es cortante, duro, incorruptible. (Uno de los pocos que nunca piden parte de nuestra comida a las ordenanzas.) Pero...

Un sabio alemán —ya no sé cuál—, calculó la inteligencia de las criaturas de acuerdo con el número de “palabras” que son capaces de formar. Me parece que constató que la criatura de menor inteligencia es el gato, que sabe formar solamente 128 “palabras”. ¡Ay! qué genio es al lado de Smetonz, de cuya boca Pankrác nunca escuchó salir más de cuatro palabras:

—*Pass bloss auf, Mensch!*¹⁸

Dos, tres veces por semana transmitía el servicio. Dos, tres veces por semana se esforzaba con desesperación y, al final, todo estaba siempre mal. Yo le vi cuando el director de la cárcel le reprochaba que no estuviesen abiertas las ventanas. Por un momento, la montaña de carne se tambaleó, dubitativa, sobre sus cortas piernas; la cabeza, inclinada estúpidamente, se humilló todavía más; las comisuras de los labios cayeron por el enorme esfuerzo realizado para repetir justamente lo que sus orejas habían oído... Y de golpe, toda esa materia comenzó a aullar como una sirena, provocándola alarma en todos los corredores. Nadie sabía de qué se trataba. Las ventanas continuaban cerradas, pero la sangre brotaba de las narices de los presos más próximos a Semetonz. ¡Había encontrado la solución!

La solución de siempre. Pegar, pegar a todo el que cae bajo su mano. Y quizás pegar hasta la muerte. Es lo único que concibe. Una vez, al entrar en una celda común, pegó a uno de los presos. El preso, un hombre enfermo, cayó a tierra, víctima de una crisis. Y todos los otros presos fueron obligados a hacer genuflexiones, siguiendo el ritmo de los espasmos, hasta que el enfermo quedó completamente agotado. Y Smetonz, con las manos en jarra y una sonrisa de imbécil, miraba satisfecho, como si hubiera encontrado una solución perfecta a tan complicada situación.

Un tipo primitivo que de todo lo que le habían enseñado retenía una sola cosa: que podía pegar.

Pero hasta en esta criatura se rompió algo. De eso hace más o menos un mes. Estaban sentados los dos: él y K. en la oficina de entrada de la prisión. K. le explicaba la situación. Pasó mucho, muchísimo tiempo antes de que Smetonz pudiera comprender, aunque vagamente. Se levantó, abrió la puerta y miró prudentemente hacia el pasillo: silencio absoluto, noche, la prisión dormía. Cerró la puerta, puso la cadena de seguridad y lentamente se desplomó sobre una silla.

—Entonces, ¿tú crees...?

Tomó su cabeza entre las manos. Una carga terrible cayó sobre el pequeñito corazón de un cuerpo tan enorme. Quedó largo tiempo así, abrumado. Después, levantó la cabeza y dijo con desesperación:

—Tienes razón. Ya no podemos ganar...

Desde hace un mes, la prisión de Pankrác no ha vuelto a oír el grito de guerra de Smetonz. Y los nuevos presos desconocen lo que es su mano.

El director de la cárcel

Más bien pequeño y siempre elegante, tanto en traje de paisano como en uniforme de *Untersturmführer*.¹⁹ Satisfecho de sí mismo, aficionado al lujo, a los perros, a la caza y a las mujeres. Pero éste es un aspecto que no nos importa.

Veamos el otro, el que conoce Pankrác: brutal, grosero, inculto, típico arribista nazi dispuesto a sacrificar a todo el mundo por conservar su posición. Se llama Soppa —por si su nombre interesa— y es oriundo de Polonia. Terminó su aprendizaje de herrero, pero esta honorable profesión pasó por él sin ninguna consecuencia. Hace largo tiempo que entró al servicio de Hitler. Entrometido y charlatán, avanzó hasta su puesto actual. Lo defiende por todos los medios. Es cruel y despiadado con todo el mundo, tanto con los prisioneros como con los empleados, lo mismo con los niños que con los ancianos.

Entre los empleados del nazismo en Pankrác no existen relaciones de amistad. Pero en ninguno llega esto hasta el extremo que en el caso Soppa, quien carece incluso de una sombra de amistad. El único al que aprecia un poco y con el que habla más a menudo es el enfermero de la prisión, el *Polizeimeister* Weisner. Pero parece que esa sombra de amistad no es mutua.

A nadie conoce sino a sí mismo. Ha conquistado su puesto de director para sí mismo y será fiel al régimen nazi hasta el último momento. Es quizás el único que no piensa, de una u otra forma, en salvarse. Sabe que para él no hay salvación. La caída del nazismo es su propia caída, es el fin de su vida suntuosa, el fin de su piso lujoso, el fin de su elegancia. (Tan poco escrupuloso es, que usa los trajes de los checos ejecutados).

Es el fin. Sí.

El enfermero de la cárcel

El *Polizeimeister* Weisner es una figurilla especial en los medios de Pankrác. Algunas veces da la impresión de que no pertenece a Pankrác, pero otros días no puedes imaginarte a Pankrác sin él. Cuando no está en la enfermería, se mueve por los pasillos con su paso menudo, balanceándose, hablando solo y observando, siempre observando. Como un extraño que hubiera venido sólo por un momento y quisiera llevarse el mayor número de impresiones. Sabe meter la llave en la cerradura y abrir rápidamente, sin ruido, como el vigilante más experimentado. Tiene una ironía seca, que le permite decir cosas de doble sentido, pero siempre sin comprometerse. No puedes agarrarlo por

sus palabras. Se aproxima a la gente, pero no permite a nadie aproximarse a él. No lleva cuentos, no denuncia aunque ve mucho. Entra a la celda llena de humo. Aspira profundamente y

—¡Ejem...! —hace sonar la lengua— ...está terminantemente prohibido... — chasquea la lengua otra vez— ...fumar en las celdas.

Pero no lo denuncia. Tiene la cara siempre arrugada, como un infeliz torturado por un gran sufrimiento. Es visible que no quiere tener nada en común con el régimen al que sirve, a cuyas víctimas cuida cada día. No cree en este régimen. No cree en su duración definitiva, ni antes jamás creyó. Por esta razón no trasladó su familia de Breslau a Praga, aunque pocos empleados del Reich dejaron escapar una ocasión como ésta para devorar los fondos de un país ocupado. Pero tampoco es capaz de tener nada en común con el pueblo que lucha contra el régimen. No se ha unido al pueblo.

Me cuidaba en forma diligente y honesta. Lo mismo hace en la mayoría de los casos. Sabe insistir con terquedad en la prohibición de trasladar a los presos demasiado quebrantados por las torturas a nuevos interrogatorios. Quizás lo haga para tranquilizar su conciencia. Pero otras veces no presta ayuda en casos en que ésta es urgentemente necesitada. Quizás porque el miedo se lo impide.

Es el prototipo del sujeto mezquino. Está aislado, entre el miedo al régimen que lo maneja ahora y el miedo a lo que vendrá después. Busca cómo y por dónde salir de esta situación. Pero no encuentra salida. No es una rata, no. Es tan sólo un pequeño ratoncillo cogido en la trampa. Sin esperanza.

“El gandul”

No es una figurilla. Tampoco llega a figura completa. Es un tipo intermedio entre ellas. Le falta una clara convicción para llegar a ser figura.

En realidad, hay dos de este tipo: personas sencillas, sensibles, pasivas al principio, impresionadas por el terror, con el cual se hallan mezcladas y del que tratan de salir: sin iniciativas y, por ello, en busca siempre de un apoyo, llegando a buen sitio más por instinto que por conocimiento. Te ayudan porque esperan la ayuda tuya. Y es justo dársela. Ahora y en el futuro.

Esos dos —los únicos entre los funcionarios alemanes de Pankrác— habían estado también en

el frente:

Hanauer, obrero sastre de Znojmo, volvió, después de una corta estancia en el frente oriental, con algunos miembros congelados intencionadamente. “La guerra no es para los hombres”, filosofaba, un poco a la manera de Svejek. “Allí no se me ha perdido nada”.

El otro, Höfer, un alegre zapatero de Bata, hizo la campaña de Francia y abandonó el servicio militar pese a la promesa de un ascenso. “*Ech, scheisse!*”,²⁰ dijo haciendo un gesto despectivo con la mano, tal y como desde entonces hace diariamente cada vez que le dan algún disgusto.

Se parecen el uno al otro por su destino y estado de ánimo. Pero Höfer es más valiente, más formado, más completo. “El gandul”, era el apodo que casi todas las celdas habían coincidido en darle.

El día de su servicio es una jornada de tranquilidad en las celdas. Haces lo que te da la gana. Y si grita, guiña un ojo para que sepas que lo hace tan sólo por- que un superior está abajo y debe convencerle de que el reglamento se cumple a rajatabla. Por lo demás, sus esfuerzos son vanos; ya no convence a nadie y no pasa día sin que sea castigado.

—*Ech, sheisse!* —dice, haciendo un gesto con la mano. Y continúa su juego. Es, más que un vigilante, un joven aprendiz de zapatero de carácter ligero. Puedes sorprenderle, jugando alegre y apasionadamente con los presos jóvenes de la celda a las monedas, para ver quién las coloca más cerca de la pared. Otras veces expulsa a los presos de la celda y los saca al pasillo, para efectuar “un registro”. Este suele durar largo tiempo. Si eres muy curioso y miras en la celda, lo encontrarás sentado a la mesa, con la cabeza entre las manos, durmiendo. Durmiendo con una calma voluptuosa. Así puede ocultarse de sus superiores. Porque los presos en el pasillo vigilan y anuncian cuando se aproxima cualquier peligro. Tiene necesidad de dormir durante el servicio pues las noches, en vez de dormir, las pasa con una muchacha a la que ama sobre todo.

¿La derrota o la victoria del fascismo? *Ech, sheisse!* ¿Acaso puede durar mucho ese circo?

Él no se considera parte de él. Ya por este solo hecho sería interesante. Pero hay más todavía: no quiere pertenecer a él. Y no pertenece. ¿Necesitas transmitir un mensaje escrito a otro sector de la prisión? “El gandul” lo arregla. ¿Necesitas enviar un recado afuera? “El gandul” se encarga. ¿Necesitas encontrarte con alguien porque hablándole puedes persuadirlo y salvar así a otras personas? “El gandul” te lleva a su celda y vigila con la alegría de un muchacho que ha realizado una buena travesura. A menudo hay que recomendarle prudencia. En medio del peligro, apenas lo advierte. No se da cabal cuenta del alcance de todo lo bueno que hace. Eso lo anima a hacer todavía más. Pero le impide crecer.

No es todavía una figura. Pero está en el período de transición que a ella conduce.

Era una tarde, durante el estado de sitio. El vigilante con uniforme de S.S. que me conducía a la celda hizo un ademán de registrarme los bolsillos.

—¿Qué le pasa a usted? —me preguntó en voz baja.

—No sé. Me han dicho que mañana seré fusilado.

—¿Le ha impresionado eso?

—Contaba con ello.

Durante un rato rozó mecánicamente las solapas de mi chaqueta.

Es posible que lo hagan. Si no mañana, más tarde. O quizás no. Pero en los tiempos actuales... es bueno estar preparado...

Y se quedó callado de nuevo.

—...Pero, por si acaso...si quiere usted enviar un recado para alguien... o si quiere escribir... No para ahora, ¿comprende? sino para el futuro: cómo ha llegado aquí, si alguien le ha traicionado, qué conducta observaba éste o aquél... Para que todo lo que usted sabe no se marche con usted...

¿Si quiero escribir? Como si hubiera adivinado mi más ferviente deseo. Después de un momento me trajo papel y lápiz. Los oculté cuidadosamente para que en ningún registro pudieran ser encontrados.

Y no los toqué jamás.

Era demasiado hermoso, no podía tener confianza. Demasiado hermoso: encontrar aquí, en esta casa sombría, unas semanas después de tu detención, a un amigo que, con el mismo uniforme de aquéllos que no tienen para tñmás que gritos y golpes, te da la mano para que no perezcas sin dejar huellas, para que puedas dejar un mensaje a los hombres del futuro, para que puedas hablar, al menos por un instante, con los que sobrevivirán y alcanzarán la liberación. ¡Y precisamente ahora! En los corredores llaman por sus nombres a los que van a ser ejecutados, la sangre emborracha a los brutos, los gritos de bestia y el pavor oprimen las gargantas de quienes no pueden gritar. Precisamente ahora, en un momento semejante... No, no es posible. No puede ser verdad. Es seguramente una trampa. ¡Qué fuerza debe tener un hombre para tenderte espontáneamente la mano en parecidas circunstancias! ¡ Y qué audacia!

Ha pasado casi un mes. El estado de sitio fue levantado, los gritos son más débiles y los momentos crueles han pasado a ser recuerdos. Y fue otra vez por la tarde, al volver del interrogatorio, cuando el mismo vigilante apareció delante de mi celda.

—Parece que ha escapado usted. ¿Qué tal? —Y me miró con ojos escrutadores—
¿Estaba todo en orden? Comprendí bien su pregunta. Me afectó profundamente. Y me persuadió, más que ninguna otra cosa, de su honestidad. Sólo un hombre que tiene derecho interno a hacerlo podía preguntar así. Desde entonces deposité en él mi confianza. Era un hombre nuestro.

A primera vista: una persona enigmática. Marchaba por los pasillos solo, tranquilo, reservado, alerta, observador. Jamás se le oyó gritar. Jamás se le vio pegar.

Los camaradas de la celda vecina le rogaban:

—Abofetéeme, por favor, cuando Smetonz mire para acá. Es necesario que lo vea en servicio activo por lo menos una vez.

Negando con la cabeza decía:

—No es necesario.

Jamás le oíste hablar otro idioma que el checo. Todo en él le señalaba como diferente a los demás. Difícilmente hubieras podido definir por qué. Hasta ellos mismos lo advertían, pero nunca pudieron captarlo.

Está en todos los sitios donde se tiene necesidad de él. Lleva la calma a donde reina confusión; da valor a los que bajan la cabeza; anuda los hilos que ponen en peligro a nuevas personas de fuera. No se para en detalles. Trabaja sistemáticamente y en gran escala.

Y no sólo ahora. Desde el comienzo. Entró al servicio del nazismo con esa tarea.

Adolf Kolínsky, vigilante checo nacido en Moravia; hombre checo de vieja familia checa. Se declaró alemán para poder vigilar a los presos checos en Hradec Králové y más tarde en Pankrác. ¡Qué indignación entre quienes le conocían! Pero cuatro años después, al pasar lista, el director alemán de la cárcel, agitando con violencia los puños ante sus ojos, le amenaza, un poco tarde ya:

—¡Voy a sacarle del cuerpo ese “chequismo”!

Desde luego se equivoca. No sólo es el “chequismo”. Tendría que sacar de él al hombre. Al hombre que consciente y voluntariamente ha marchado al lugar preciso para poder combatir y ayudar al que combate. El continuo peligro sólo lo ha endurecido.

“El nuestro”

Si la mañana del once de febrero de 1943 nos hubieran traído cacao para el desayuno en lugar de aquella mezcla infame que nos daban como café, no habiéramos prestado ninguna atención a tal milagro. Aquella mañana cruzó fugazmente ante nuestra puerta el uniforme de un policía checo.

Lo vimos sólo un instante. Un paso, dos perneras negras embutidas en unas botas altas, una mano que sale de una manga azul marino. La mano tiró de la cerradura, empujó la puerta, y desapareció. Fue tan corto, que un cuarto de hora después estábamos dispuestos a no creerlo.

¡Un policía checo en Pankrác! ¡Qué conclusiones de largo alcance podíamos sacar de ello!

Dos horas más tarde ya las hacíamos. La puerta de la celda se abrió de nuevo, un casco de la

policía checa se asomó al interior y, ante nuestro asombro, la boca alegre anunció:

—*¡Freistunde!*²¹

Ya no podíamos equivocarnos. Entre los uniformes de un gris verdoso de los vigilantes S.S. aparecieron en los corredores algunas manchas oscuras que nos parecían llenas de luz: eran los policías checos.

¿Qué significa esto para nosotros? ¿Cómo serán ellos? Como quiera que sean, el hecho de su presencia habla bien claramente: ¡Cuan precipitadamente marcha a su fin el régimen que incluso en su organismo más sensible, en el único apoyo con que cuenta, en el aparato de represión, se ve obligado a encuadrar hombres del pueblo al que quiere oprimir! Qué terrible falta de material humano debe tener cuando debilita su última esperanza a fin de ganar algunos individuos. ¿Cuánto tiempo pretende sostenerse todavía?

De seguro que serán hombres especialmente seleccionados. Serán quizá peores que los vigilantes alemanes, ya desmoralizados por la costumbre y la falta de fe en la victoria. Mas esta realidad, la realidad de su presencia aquí, es el signo infalible del fin.

Así hemos pensado nosotros.

Pero era todavía más de lo que nosotros pensamos en los primeros momentos. Porque el régimen no podía ya escoger, no tenía dónde seleccionar.

El once de febrero vimos por primera vez los uniformes checos.

A la mañana siguiente comenzamos a conocer a la gente.

El primero llegó, miró a la celda, se detuvo indeciso en el umbral y después —con la misma energía caprichosa con que un cabrito se lanza al aire levantando sus cuatro patas a la vez— dijo con repentina audacia:

—Y bien, ¿qué tal, señores?

Hemos respondido con una sonrisa. Él también sonrió y adoptó de nuevo un aire indeciso:

—No estéis enfadados con nosotros. Estad seguros de que preferiríamos continuar paseando por las calles en lugar de venir aquí a vigilaros. Pero hemos sido obligados. Y puede ser... puede ser que esto sirva para algo bueno...

Se alegró cuando le dijimos lo que pensábamos de ello y cómo los considerábamos. Y así nos hicimos amigos desde el primer momento. Vítek era, un muchacho sencillo, con corazón de oro, quien aquella mañana apareció el primero en la puerta de nuestra celda.

El otro, Tuma, es un típico, viejo vigilante checo de prisión. Un poco grosero, gritón, pero bueno en el fondo, como aquéllos a quienes llamábamos “padrazos” en las cárceles de la primera República. No percibía lo excepcional de su situación. Al contrario, se sintió aquí, enseguida, como en su propia casa: gastando siempre bromas pesadas y manteniendo muy bien un orden que era el primero en perturbar. Aquí metía pan en la celda, allá un cigarrillo, en la otra iniciaba una conversación divertida sobre cualquier tema, excepto política. Hacía todo esto con naturalidad. Era su concepción personal del papel del vigilante. No lo ocultaba. La primera llamada de atención recibida por su conducta, le hizo más prudente, pero no le cambió. Siguió siendo el vigilante-padrazo. No te hubieras atrevido a pedirle alguna cosa importante. Pero se respira bien cuando está de servicio.

El tercero rondaba alrededor de la celda con aire sombrío, taciturno, sin interesarse por nada. Y no reaccionó ante nuestras prudentes tentativas de entrar en contacto.

Con éste no hemos tenido mucha suerte. Es el menos logrado de ellos —dijo el “padre”, después de haberlo observado durante una semana.

—O el más inteligente —dije yo, más por espíritu de contradicción. Pues dos opiniones sobre las cosas insignificantes son la sal de la vida en la celda.

Después de quince días tuve la impresión de que el taciturno me guiñaba el ojo con más viveza. Le devolví el débil guiño, que en la prisión tiene muchos significados. Y otra vez nada. Pude haberme equivocado.

Un mes después todo estaba claro. Fue algo tan súbito como cuando la mariposa sale de la crisálida. La rugosa crisálida reventó y apareció una criatura viviente: pero no era una mariposa. Era un hombre.

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

—Levantas pequeños monumentos —suele decirme el padre respecto a algunas de estas descripciones de caracteres.

Sí, quisiera que no sean olvidados los camaradas que aquí y fuera de aquí combatieron valerosa y fielmente y que han caído. Pero deseo también que no se olvide a quienes viven y nos han ayudado, con no menor fidelidad y coraje, en las condiciones más difíciles. Que de la sombra de los pasillos de Pankrác surgiesen a la luz personalidades como Kolínsky y este policía checo. No para su gloria, sino para que sirvan de ejemplo a los demás. Pues el deber humano no termina con esta lucha y ser hombre exigirá, también en el futuro, un corazón heroico, hasta que los hombres sean completamente hombres.

En el fondo, es una historia muy breve la del policía Jaroslav Hora. La historia de un hombre de cuerpo entero.

Región de Radnice. Un rincón perdido del país. Región bella, pobre y triste. El padre es vidriero. La vida, dura: fatiga cuando hay trabajo y miseria cuando llega el paro, que allí campea como en su propia casa. Eso o te aplasta o te hace levantar la cabeza y soñar con una vida mejor, infundiéndote fe y llevándote a la lucha por ella. El padre escogió el segundo camino. Se hizo comunista.

El joven Jaroslav pedalea entre otros ciclistas en la manifestación del Primero de Mayo. Lleva las ruedas adornadas con cintas rojas. Después llevará esas cintas rojas en lo más profundo de sí mismo, sin darse cuenta quizás, durante su aprendizaje de tornero en la fábrica Skoda, donde empieza a trabajar.

La crisis, el paro, la guerra, la perspectiva de un empleo, el servicio policíaco. No sé qué se hizo de aquellos momentos de las cintas rojas que llevaba en su interior: puede que permanecieran enrolladas, medio olvidadas, pero no perdidas.

Un día lo destinan al servicio en Pankrác. No viene aquí voluntariamente como Kolínsky, con una misión fijada de antemano por él mismo. Pero adquiere conciencia de esa misión cuando contempla la celda por primera vez. Las cintas rojas se despliegan.

Examina su campo de acción. Valora sus fuerzas. Su cara se turba al reflexionar intensamente sobre cómo y por dónde comenzar. No es un político profesional. Es un sencillo hijo del pueblo. Pero cuenta con la experiencia de su padre. Tiene un fondo firme, sobre el que se apoyan sus decisiones. Y se está decidiendo. De la crisálida ceñuda está surgiendo un hombre.

Y es un hombre interiormente bello, limpio y puro como hay pocos. Sensible, tímido y al mismo tiempo viril. Arriesga todo lo que hay que arriesgar: cosas pequeñas y cosas grandes. Y las hace: las cosas pequeñas y las cosas grandes. Trabaja sin presunción, silenciosamente, con prudencia, pero sin miedo. Para él todo está claro. El imperativo categórico. Eso debe ser hecho así. Entonces, ¿para qué más palabras?

Propiamente hablando, eso es todo. La historia de una persona que ya hoy puede anotarse en su haber varias vidas humanas salvadas. Esa gente vive y trabaja afuera porque un hombre de Pankrác ha cumplido con su deber humano. Ellos lo ignoran y él no los conoce. Como tampoco conocen a Kolínský. Quisiera que los conocieran, al menos después. Esos dos encontraron aquí rápidamente el camino que conduce el uno al otro. Y ello ha multiplicado sus esperanzas.

Retenedlos como ejemplo. Como el ejemplo de unos hombres que tienen la cabeza en su verdadero sitio. Y especialmente su corazón.

Papá Skorepa

Cuando por casualidad los veías a los tres juntos, veías la imagen viviente de la fraternidad: el uniforme gris verdoso del vigilante Kolínský, el uniforme oscuro del policía checo Hora y el claro pero desagradable uniforme de los presos de servicio en los pasillos del papá Skorepa. Pero muy pocas veces los veías juntos. Muy pocas. Precisamente, porque los tres eran uno.

Los reglamentos de la prisión permiten utilizar para el trabajo de limpieza en los corredores y para traer la comida “únicamente a presos seguros, disciplinados y rigurosamente aislados de los otros”. Eso es según la letra del reglamento. Letra muerta, completamente muerta de antemano. Porque tales hombres de servicio no existen ni han existido nunca. Y sobre todo, no en las prisiones de la Gestapo. Aquí, por el contrario, los responsables de los pasillos son antenas avanzadas por el colectivo de las celdas para vivir más cerca del mundo libre y comunicarse con la vida fuera de la prisión. ¡Cuántos de ellos han pagado con la vida el descubrimiento entre sus ropas de un mensaje clandestino! Y, sin embargo, la ley del colectivo de la prisión exige insistentemente a sus substitutos la continuación de este peligroso trabajo. Adelante: con valor o con temor, tienes que realizarlo. Aunque con temor puedes destruir mucho, puedes incluso perderlo todo, como ocurre en cualquier trabajo ilegal.

Es un trabajo ilegal de suma importancia: se realiza entre las garras de los que tratan de impedirlo, bajo los ojos de los vigilantes, en los lugares señalados por ellos, durante los segundos

escogidos por ellos y en las condiciones creadas por ellos. Todo lo aprendido fuera es aquí poco. Y a pesar de ello el trabajo ilegal en la cárcel exige todavía más de ti.

En la calle hay maestros de trabajo ilegal. Y hay maestros de este trabajo entre los responsables de los pasillos. Papá Skorepa es un maestro en ese género de actividad. Modesto, humilde, tranquilo a primera vista, pero vivo como un pez. Los vigilantes lo alaban. Miradle: ¡qué trabajador, qué seguro, cómo cumple con su deber sin dejarse arrastrar a nada prohibido! ¡Tomadlo como ejemplo!, decían a los demás responsables de pasillo. Sí, seguid su ejemplo, responsables de los pasillos. Es el verdadero modelo de responsable imaginado por el preso. La más firme y sensible de las antenas del colectivo de la cárcel. Conoce la población de las celdas, conoce a cada nuevo preso desde el momento de su llegada. Sabe por qué razón está aquí, quiénes son sus compañeros de proceso y qué conducta tienen. Estudia el caso e intenta penetrar en sus secretos. Eso es muy importante para poder dar un consejo o transmitir bien un mensaje.

Conoce al enemigo. Observa cuidadosamente a cada vigilante. Estudia sus costumbres, su lado fuerte y su lado débil: en qué aspectos hay que estar sobre aviso con él y en qué cuestiones puede ser aprovechado: cómo amansarlo, cómo engañarlo. Muchos de los rasgos característicos utilizados por mí me han sido facilitados por papá Skorepa. Los conocía a todos. Podía pintar perfectamente bien a cada uno por separado. Esto es muy importante para poder tener libertad de movimiento en los corredores y poder realizar un trabajo-seguro y eficaz.

Ante todo, conoce su deber. Es un comunista que sabe que no existe ningún sitio donde pueda dejar de serlo, donde pueda cruzarse de brazos y abandonarse a la inactividad. Yo diría, incluso, que aquí, ante el mayor peligro y bajo la presión más dura, ha encontrado su verdadero sitio. Aquí ha crecido.

Es ágil. Cada día y cada hora crea una nueva situación y necesita nuevos métodos. Los encuentra con sagacidad y rapidez. Dispone de fracciones de minutos: golpea la puerta de la celda, escucha el mensaje preparado de antemano y lo transmite de manera concisa y clara al otro punto del corredor, antes de que el nuevo vigilante de servicio suba al primer piso. Es prudente y tiene gran presencia de ánimo. Centenares de mensajes escritos han pasado por sus manos. Ninguno fue retenido ni despertó jamás sospecha alguna.

Sabe dónde le aprieta el zapato a cada uno. Sabe dónde hay que elevar la moral, dónde dar un informe preciso sobre la situación de afuera, dónde las miradas paternales de sus ojos pueden dar fuerza al hombre acosado por la desesperación. Sabe dónde un trozo de pan o una escudilla de sopa suplementaria pueden hacer olvidar el “hambre criminal”. Lo sabe, lo conoce gracias a su fino sentido y a su sólida experiencia, y actúa de acuerdo con ello.

Es un combatiente fuerte e intrépido. Es un hombre puro. Es papá Skorépa.

Quisiera que al leer esto vierais en él no solamente su persona, sino al tipo perfecto y hermoso

de *hausarbeiter*²² que ha sabido convertir el trabajo impuesto por los opresores en un trabajo en beneficio para los oprimidos. Papá Skorépa es uno, pero como él hay muchos otros, cada uno con sus propias características humanas, aunque no por ello más pequeños. En Pankrác y en el Palacio Petschek. Quisiera retener sus figuras, pero desgraciadamente no me quedan más que algunas horas, muy pocas para “una canción que cuenta brevemente todo lo vivido en largo tiempo”.

Por lo menos daré algunos nombres, algunos ejemplos que no se deben olvidar, aunque, con mucho, esto no es todo:

El dr. Milos Nedved, hombre noble y generoso, que pagó con su vida en Auschwitz su ayuda diaria a los camaradas presos. Arnost Lorenz, un hombre cuya compañera fue ejecutada por no haber querido cometer una traición y que un año después marchó solo a la muerte para salvar a sus compañeros, los ordenanzas de la “400”, y a todo su colectivo.

Vasek, magnífico y lleno de humor inalterable; Anka Víková, introvertida, siempre dispuesta al sacrificio, ejecutada durante el estado de sitio; el enérgico...²³; el “bibliotecario” Springer, alegre y mañoso, buscando siempre nuevos métodos; y el joven y afectuoso Bílek...

Sólo ejemplos, sólo ejemplos. Figuras mayores o menores. Pero siempre figuras. Nunca figurillas.

EL 9 de junio de 1943.

Ante mi celda hay colgado un cinturón. Mi cinturón. La señal de partida. Por la noche me llevarán al Reich, al tribunal, etc. ¡Etcétera! El tiempo hambriento arranca los últimos bocados del pequeño trozo de mi vida. Cuatrocientos once días en Pankrác, que pasaron con una rapidez increíble. ¿Cuántos me quedan todavía? ¿Dónde? ¿Y cómo?

Seguramente ya no tendré ocasión de escribir. He aquí, pues, mi último testimonio. Un trozo de historia, del que soy, sin duda, el último testigo vivo.

- x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x - x -

En febrero de 1941 fueron detenidos los miembros del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia y los del comité de reserva preparado para tan graves momentos. Todavía no está suficientemente claro cómo fue posible que se asestara tan duro golpe al Partido. Quizá los comisarios de la Gestapo digan algo en el futuro, cuando sean interrogados. En vano me esforcé, incluso como *hausarbeiter* en el Palacio Petschek, en averiguar la solución de este enigma. Sin duda habrá habido provocación, por un lado, pero también mucha imprudencia. Dos años de éxito en el trabajo ilegal habían debilitado un poco la vigilancia de los camaradas. La organización ilegal se extendía. Nuevos camaradas eran incorporados al trabajo y algunos de ellos debieron ser apartados hasta otra ocasión. El aparato del partido se ampliaba y se complicaba hasta el punto de no poderse controlar. El golpe contra el Comité Central estaba visiblemente preparado desde hacía tiempo y fue asestado en el momento en que el ataque contra la U.R.S.S. se encontraba ya listo.

Al principio no conocía la amplitud de las detenciones. Esperaba mi contacto normal, sin poder lograrlo. Un mes después estaba ya claro que había pasado algo grande y que no debía sólo esperar. Entonces, yo mismo busqué el contacto y los demás lo buscaron también.

Al primero que encontré fue Honza Vyskocil, responsable de la región de Bohemia Central. Tenía iniciativas y había ya preparado el material necesario para editar *Rudé Právo* a fin de que el Partido no careciera de su órgano central. Escribí entonces el editorial, pero nos pusimos de acuerdo para publicar los artículos (que yo no conocía) en un boletín del Primero de Mayo y no con la cabecera de *Rudé Právo*, puesto que este periódico ya había hecho una edición especial.

Vinieron algunos meses de trabajo desorganizado. El Partido había sufrido un golpe duro, pero no un golpe mortal. Centenares de nuevos camaradas se incorporaban a la lucha, para reemplazar a los dirigentes caídos. Los nuevos camaradas llegaban totalmente dispuestos a impedir la

desintegración o la pasividad de la organización. Sólo el Comité Central no pudo ser reconstruido y la falta de orientación en el trabajo representaba un gran peligro: el peligro de que en el momento más importante, el del esperado ataque contra la URSS, no tuviéramos una línea de conducta común.

En *Rudé Právo*, editado todavía sin el suficiente control y cuyas páginas tenía ante mí, reconocí una mano política experta. En nuestro boletín del Primero de Mayo, que por desgracia no estaba del todo logrado, los otros, por su parte, escucharon una voz con la que se podía contar. Y nos buscamos mutuamente.

Pero eran búsquedas en un bosque intrincado. Oíamos una voz, la seguíamos y cuando estábamos a punto de darle alcance se hacía oír exactamente en el lado opuesto. La dura pérdida enseñó a todo el Partido a ser más prudente, más vigilante. Dos miembros del aparato central del Partido que quisieran encontrarse tenían que aparecer completamente diáfanos a través del sinfín de obstáculos y sondeos mutuos de los interesados y de los encargados de establecer el contacto. Era tanto más complicado, porque yo ignoraba quién estaba al otro lado y el otro desconocía a quién estaba buscando.

Por fin dimos con el denominador común. Era un muchacho magnífico: el dr, Milos Nedvéd, que fue nuestro primer enlace. Hubo también un poco de casualidad en ello. A mediados de junio del 41 caí enfermo y mandé a Lída a casa de Nedvéd para que éste viniera a cuidarme. Fue inmediatamente a casa de los Baxa. Y allí nos pusimos de acuerdo. El también estaba encargado de buscar a “ese otro”, pero no tenía la menor idea de que fuera yo. Estaba, por el contrario —como todos los del otro lado— convencido de que yo había sido detenido y probablemente asesinado.

El 22 de junio de 1941, Hitler inició su agresión a la Unión Soviética. La misma tarde, con Honza Vyskocil, publicamos un pequeño manifiesto explicando el significado que para nosotros tenía ese acontecimiento. El 30 de junio efectué una entrevista con aquél a quien durante tanto tiempo había buscado. Vino él a una casa señalada por mí porque ya sabía a quién iba a encontrar. Yo, en ese momento, todavía no lo sabía. Era una noche de verano. El olor de las acacias llegaba a través de la ventana abierta. El ambiente era más bien propicio para una cita de amantes. Tapamos la ventana, encendimos la luz y nos dimos un abrazo. Era Honza Zika.

Quiere esto decir que en febrero de 1941 el Comité Central no había sido detenido en su totalidad. Uno sólo de sus miembros, Zika, se salvó. Yo lo conocía y le quería desde hacía largo tiempo. Pero en realidad, no lo conocí hasta los momentos que trabajamos juntos. Rollizo, siempre sonriente, un poco campechano. Y firme, enemigo de las componendas, militante intrépido y decidido en el trabajo del Partido. No sabía ni quería saber otra cosa que su deber. Para cumplirlo se abstenía de todo. Quería a la gente y la gente le quería a él. Pero jamás ganó ese afecto cerrando los ojos a las debilidades. Nos pusimos de acuerdo en unos minutos. Y algunos días después ya conocí igualmente al tercer miembro de la nueva dirección. Era Honza Cerny, quien desde el mes de mayo estaba ya en contacto con Zika. De buena estatura, elegante, muy simpático con la gente, antiguo combatiente en España, de donde había vuelto durante la guerra a través de la Alemania

nazi con los pulmones atravesados por una bala de fusil, un poco militar, con una rica experiencia ilegal y lleno siempre de iniciativas.

Meses de lucha encarnizada nos ligaron en una camaradería a toda prueba. Nos completábamos por nuestros caracteres y nuestros conocimientos. Zika: organizador, objetivo, extremadamente preciso, que no se dejaba confundir por bellas palabras, que sopesaba cada informe, desmenuzándolo a fondo, que analizaba cada proposición desde todos los aspectos y que bondadosamente, pero con firmeza, controlaba la ejecución de cada acuerdo. Cerny: especialista en sabotaje y en preparativos para la lucha armada, reflexionaba siempre en términos militares, hombre de iniciativas y de envergadura, con empuje, infatigable y ducho en la búsqueda de nuevas formas de lucha y de nuevos cuadros. Y yo: un periodista, *agitprop*,²⁴ que contaba con mi olfato, con mucha fantasía y también con un gran sentido crítico para equilibrarla.

La distribución de las funciones era más una distribución de responsabilidad que de trabajos. Cada uno estaba obligado a ocuparse independientemente de todo y en todas las partes donde era necesario. El trabajo no era fácil. Las heridas causadas al Partido en febrero estaban aún abiertas y nunca cicatrizaron completamente. Todos los contactos se hallaban rotos. En algunos lugares habían caído sectores enteros; en otros teníamos buenos cuadros, pero no podíamos encontrar el camino para llegar a ellos. Organizaciones enteras, empresas enteras estuvieron aisladas durante meses, antes de que el contacto fuera establecido. Y nosotros debíamos asegurar por lo menos la llegada a sus manos del órgano central, a fin de que siguieran sus directivas. No teníamos puntos de apoyo ni podíamos utilizar los viejos porque podían estar amenazados. Al comienzo nos faltaba dinero, era difícil agenciarse comida, teníamos que comenzar de nuevo muchas cosas...

Y todo esto en una época en que el Partido no tenía ya tiempo de construir y preparar. Era el momento del ataque contra la URSS, y el Partido tenía el deber de intervenir directamente en la lucha, organizando el frente interior contra los ocupantes, movilizándolo las guerrillas contra ellos, realizando todo ello no sólo con sus propias fuerzas, sino con la participación de todo el pueblo. Durante los años de preparación, de 1939 a 1941, el Partido aparecía en la profunda clandestinidad tanto ante la policía alemana como ante el pueblo. Ahora, ensangrentado debía perfeccionar e intensificar la lucha ilegal frente a los ocupantes, pero al mismo tiempo tenía que salir de la ilegalidad ante el pueblo. Debía establecer contactos con las masas sin partido, dirigirse al pueblo entero, entenderse con cada uno de los que estaban dispuestos a combatir por la libertad y, con su intervención directa, atraerá ese camino a los que todavía vacilaban.

A comienzos de septiembre de 1941 pudimos decir por primera vez, aunque todavía no habíamos conseguido restablecer la organización tan gravemente golpeada —estábamos aún lejos de ello—, que ya teníamos de nuevo organizado un núcleo firme, capaz de realizar por sí soto importantes tareas. La intervención del Partido se dejó sentir enseguida. Los sabotajes y las huelgas en las fábricas se multiplicaban. A fines de septiembre enviaron a Heydrich contra nosotros.

El primer estado de sitio no logró romper la resistencia activa que se intensificaba. Sin embargo, la frenó y asestó nuevos golpes al Partido. La región de Praga y la organización de la

juventud fueron especialmente castigadas. Cayeron nuevos militantes, de un gran valor para el Partido: Jan Krejčí, Stand, Milos Krásny y muchos otros.

Después de cada golpe podías comprobar que el Partido es indestructible. Caía un militante y si otro no podía reemplazarlo, dos o tres cubrían su puesto. Entramos en el nuevo año con una organización bien preparada, que no lo abarcaba todo —ni siquiera tenía la amplitud de febrero de 1941— pero que, a pesar de ello, era capaz de cumplir las tareas del Partido en los combates decisivos. Nos distribuimos el trabajo entre todos nosotros. Pero el mérito de lo logrado le correspondió especialmente a Honza Zika.

De nuestra actividad a través de la prensa se encontrarán suficientes documentos en las cuevas, en los sótanos y en los archivos escondidos secretos de los camaradas. Por lo tanto no es necesario hablar de ello.

Nuestra prensa era ampliamente difundida, no sólo en los medios del Partido, sino también fuera de él. Hacíamos grandes tiradas, empleando diversas técnicas ilegales. Las publicaciones eran totalmente independientes las unas de las otras y se tiraban a multicopista o a imprenta. Eran regulares y rápidas, de acuerdo con la situación. Por ejemplo, el 24 de febrero por la tarde ya estaba en manos de los lectores el texto de la orden del día al ejército dada por el Mariscal Stalin el 23 de febrero de 1942.

Los impresores trabajaban perfectamente. También los médicos obtuvieron resultados excelentes, así como el grupo Fuchs-Lorenz, que publicaba su boletín de información: “El mundo contra Hitler”. Todo lo demás lo hacía yo mismo, con objeto de dejar libres a otros cuadros. Mi sustituto estaba preparado para el caso de que yo cayera. Se hizo cargo de las tareas después de mi detención y continúa trabajando hasta hoy.

Construimos el aparato del Partido de la manera más simple posible, con la mira de encarar de cada tarea a un mínimo de camaradas. Suprimimos las largas cadenas de enlace que, como se demostró en febrero de 1941, no protegían sino amenazaban al aparato del Partido. Existía más peligro individual para cada uno de nosotros, pero el Partido estaba más seguro. Nunca más podría repetirse un golpe como el de febrero.

Es por esa razón que el Comité Central, completado con un nuevo miembro, pudo continuar con toda tranquilidad su trabajo cuando yo fui detenido. Ni mi colaborador más próximo sabía nada antes de tiempo sobre mi futuro sucesor.

Honza Zika fue detenido, también de forma casual, la noche del 27 de mayo de 1942. A la noche siguiente del atentado contra Heydrich, cuando todo el aparato de los ocupantes se había puesto en acción realizando *razzias* por toda Praga, los nazis penetraron en una casa de Stresovice, donde Zika se ocultaba. Su documentación estaba en regla y seguramente hubiera pasado desapercibido. Pero no quiso poner en peligro a la buena familia en cuya casa se alojaba e intentó

escapar por la ventana del segundo piso. Se desplomó mortalmente herido en la columna vertebral y fue trasladado al hospital de la prisión. No sabían a quién tenían en sus manos. Sólo dieciocho días después, comparando fotografías, lo identificaron y moribundo fue transportado al Palacio Petschek para ser interrogado. Nos vimos por última vez cuando me llamaron para el careo. Nos estrechamos las manos. Me sonrió con su amplia y cariñosa sonrisa y me dijo:

—Salud, Julio.

Es todo lo que le oyeron decir. No dijo ni una palabra más. Después de algunos golpes en la cara perdió el conocimiento. Unas horas más tarde estaba muerto.

Supe de su detención el 29 de mayo. Las antenas trabajaban bien. Gracias a ellas me puse de acuerdo con él en cuanto a mi línea de conducta posterior, línea, que en su conjunto fue aprobada también por Honza Cerny. Y ésa fue nuestra última decisión.

Honza Cerny fue detenido en el verano de 1942, ya no debido a la casualidad, sino a una grave indisciplina de Jan Pokorny, que estaba en contacto con él. La conducta de Pokorny no correspondió a la de un dirigente. Después de unas horas de interrogatorio —un poco duro, es verdad, pero, ¿podía él esperar otra cosa? — se dejó ganar por el pánico y dio la dirección de la casa donde había tenido una cita con Honza Cerny. Allí comenzaron a seguir el rastro de Honza. Algunos días después cayó también en manos de la Gestapo. Fuimos careados tan pronto lo trajeron aquí:

—¿Lo conoces?

—No, no lo conozco.

Las respuestas coincidían. Honza se negó rotundamente a declarar. Su vieja herida le ahorró largas torturas. Enseguida perdió el conocimiento. Antes de que los nazis decidieran interrogarlo de nuevo, fue informado minuciosamente y obró en consecuencia.

No sacaron nada de él. Lo tuvieron largo tiempo en la cárcel. Mucho esperaron, pensando que algún nuevo testimonio lo haría hablar. Se equivocaron.

La cárcel no lo cambió en absoluto. Fogoso, alegre, valiente, ofrecía a los demás las perspectivas de la vida cuando ante sí sólo tenía la perspectiva de la muerte.

De pronto, a final de abril de 1943, se lo llevaron de Pankrác. No sé a dónde. Aquí una desaparición súbita es siempre de mal agüero. Uno puede equivocarse, pero no creo que nos volvamos a ver.

Siempre hemos contado con la muerte. Lo sabíamos: caer en manos de la Gestapo quiere decir el fin. Y aquí hemos hecho lo que hemos hecho de acuerdo con esa convicción.

También mi juego se aproxima a su fin. No puedo describirlo. No lo conozco. Ya no es un juego. Es la vida.

Y en la vida no hay espectadores.

El telón se levanta.

Hombres: os he amado. ¡Estad alerta!

Julius Fucik

9-VI-1943

Digitalización por Petit —dic. 2003-en. 2004—

notes

¹ Cuartel General de la Gestapo de Praga.

² ‘Derecho Rojo’, órgano del Partido Comunista de Checoslovaquia.

³ ¡Manos arriba!, en alemán en el original.

⁴ ¡En marcha!, en alemán en el original.

⁵ Ya tiene lo suyo. En alemán en el original.

⁶ Cárcel de la policía alemana en Pankrác

⁷ Enfermero de la cárcel

⁸ Ilegible en el original

⁹ “No pudo levantarse más”. En ruso en el original.

¹⁰ “Ay, mi compañero de lucha”. En ruso en el original.

¹¹ Barrio antiguo de Praga.

¹² Barrio de Praga, limítrofe del de Malá Strana.

¹³ Tímida.

¹⁴ Periódico Popular

¹⁵ Arrabal de Praga

¹⁶ Orden de baja.

¹⁷ Personaje de la novela satírica “ El buen soldado Svejk”, del checo J.Hasek.

¹⁸ ¡Cuidado, hombre!

¹⁹ Oficial de S.S. que equivale al grado de alférez.

²⁰ Me cago en...

²¹ Hora del recreo

²² Preso de servicio en los pasillos.

²³ En blanco, en el original.

²⁴ Agitación y propaganda.